



**El Colegio  
de la Frontera  
Norte**

**TRANSICIÓN Y CONTRADICCIÓN DE LA  
MASCULINIDAD: RESIGNIFICANDO PRÁCTICAS  
COTIDIANAS ENTRE CÓNYUGES PROFESIONISTAS**

Tesis presentada por

**René Nevarez Sánchez**

para obtener el grado de

**MAESTRO EN ESTUDIOS CULTURALES**

Tijuana, B. C., México  
2014

# CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Directora de Tesis:

\_\_\_\_\_   
 Dra. Marlene Celia Solís Pérez

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. \_\_\_\_\_

2. \_\_\_\_\_

3. \_\_\_\_\_

*A Brenda y Nicolás.*

**Resumen:**

El objetivo de este estudio es conocer cómo las relaciones conyugales entre profesionistas resignifican la masculinidad. Para lograrlo, se recupera el concepto de la estructura de género y la masculinidad como una configuración de prácticas de R. Connell. Considerando que las dimensiones de la estructura de género entendida como las relaciones de producción, poder y catexis, están íntimamente relacionadas, a lo largo de la tesis se aborda cómo estas configuran las prácticas de los hombres entrevistados. Se enfoca particularmente en la masculinidad dentro de la conyugalidad entre profesionistas y las negociaciones conyugales en cinco parejas. Para lograr construir una masculinidad se les pregunta sobre su organización doméstico-hogareña y se indaga sobre los vínculos emocionales que se construyen con sus parejas. Se encontró que para algunos hombres la participación en tareas de reproducción es parte de su vida cotidiana, particularmente el cuidado de los hijos. Además, se propone que la organización doméstico-hogareña es resultado de contingencias que son ajenas a las parejas, sin embargo que resulta en acuerdos temporales por consenso.

**Palabras claves:** Masculinidad, conyugalidad, vida cotidiana, relaciones de género

**Abstract:**

The aim of this study is to determine how conjugality among professionals redefines masculinity. In order to achieve this we use the concept of the gender structure and masculinity as a configuration of practices as proposed by R. Connell. Whereas the dimensions of the gender structure understood as the gender relations of production, power and cathexis, are closely related, this paper discusses how these construct a particular configuration of practices. It focuses particularly on men conjugality and the marital negotiations of five couples with at least undergraduate education, exploring and emphasizing on the domestic-household organization and the emotional bonds that are built with their partners. We conclude that for some men, participation in reproductive tasks is part of their daily lives, particularly childcare. Also, that the domestic-household organization is the result of contingencies external to the couples resulting in temporary arrangements by consensus.

**Key words:** Masculinity, conjugality, everyday life, gender relations

# ÍNDICE

Introducción .....	1
Estrategia metodológica .....	3
Estructura de la tesis.....	4
Capítulo I.	
Masculinidad: prácticas, procesos y relaciones de género.....	6
1.1 La conyugalidad en el marco de la estructura de género .....	6
1.1.1 Relaciones de producción.....	7
1.1.2 Relaciones de poder.....	10
1.1.3 Relaciones de catexis.....	11
1.2 Los hombres en conyugalidad.....	13
1.2.1 Modelos masculinos .....	13
1.2.2 ¿Crisis de la masculinidad? .....	15
1.3 Consideraciones finales.....	18
Capítulo II.	
Tendencias sociales en contradicción con los referentes de la masculinidad.....	20
2.1 Reestructuración global.....	21
2.1.1 Monopolio del trabajo remunerado .....	22
2.1.2 Dimensiones de los proyectos de vida .....	25
2.1.3 Profesionalización de la población mexicana.....	26
2.1.4 Hombres “hombres”: entre mandilones, machos, y responsables .....	30
2.2 Conyugalidad y arreglos familiares.....	31
2.2.1 ¿Quién ocupa rol de proveedor?.....	33
2.3 Consideraciones finales.....	34
Capítulo III.	
Condiciones y situaciones conyugales que están definiendo la masculinidad .....	37
3.1 El inicio de la conyugalidad .....	38
3.1.1 Entre el cortejo y noviazgo está el primer beso.....	38
3.1.2 La conyugalidad como proceso .....	41
3.2 Contingencia y negociación .....	44
3.2.1 La disputa por los gastos fijos y el poder que otorga el dinero .....	45
3.2.2 No todas las tareas de reproducción son tareas de hombres.....	47
3.3 Equidad contingente.....	50
3.3.1 Consenso circunstancial .....	51

3.4 Consideraciones finales.....	53
Capítulo IV.	
Indicios de la transición masculina.....	55
4.1 Referente inmediato .....	56
4.2 Priorizando a los hijos.....	58
4.2.1 <i>Se aprende a cambiar pañales cambiando pañales</i> .....	59
4.2.2 <i>Las nenas mueven otras fibras: le nena es la nena</i> .....	60
4.2.3 <i>Dos caguamas dentro un refrigerador sin leche</i> .....	62
4.2.4 Paternidad como proyecto futuro .....	63
4.3 La intimidad .....	65
4.3.1 <i>No falta que yo vaya y pida</i> .....	66
4.3.2 <i>La infidelidad: un tema delicado</i> .....	68
4.4 Consideraciones finales.....	70
Conclusiones.....	72
BIBLIOGRAFÍA .....	76
ANEXOS	
1. Caracterización de las parejas .....	i

## ÍNDICE DE IMAGENES

Imagen 1.1. Relaciones en la masculinidad .....	17
---	----

## ÍNDICE DE GRÁFICAS

Gráfica 2.1 Población femenina económicamente activa .....	23
Gráfica 2.2 Hogares con ambos cónyuges económicamente activos .....	24
Gráfica 2.3 Profesionistas en México .....	27
Gráfica 2.4 Total de profesionistas por sexo .....	27
Gráfica 2.5 Disciplinas según el sexo en 1990 .....	28
Gráfica 2.6 Disciplinas según el sexo en 2010 .....	29

## INTRODUCCIÓN

*Nuestros miedos son la fuente de nuestros silencios, y los silencios de los hombres es lo que mantiene el sistema.*

-M. Kimmel

*“Si ella me decía -¿Qué tienes? -Yo le decía, - nada, nada, nada, nada, - y todo me lo callaba y eso llegó a desesperar”*

-Hombre C

Algunos hombres estamos conscientes de la forma en que vivimos nuestra masculinidad, de nuestras experiencias como hombres, sabemos el lugar que ocupamos frente al modelo o modelos de la masculinidad existente y vigente. Un ejemplo de ello es la reacción por parte de uno de los varones entrevistados para esta tesis cuando se le invitó a ser participe en un estudio sobre la masculinidad entre parejas de profesionistas: “Ahora le entraron al tema de los mandilones” (Hombre E). Al asumirse como *mandilón*, se posiciona en un lugar específico dentro el embrollo que es *ser hombre* en la interacción entre hombres y mujeres. Así, la masculinidad se vive de manera cotidiana.

La masculinidad existe como una configuración de prácticas dentro de una estructura de relaciones sociales ubicados en la dicotomía masculino/femenino (Connell, 1987). Sin embargo, las prácticas cotidianas no siempre reflejan el ideal de la masculinidad, incluso, hasta lo contradicen. Esta contradicción se vuelve más notoria cuando las prácticas realizadas no se apegan al modelo hegemónico de la masculinidad, como es el caso del hombre mandilón, provocando una crisis en la identidad masculina (Montesinos, 2007; Cruz y Ortega, 2007).

Esta premisa de la crisis de la masculinidad es útil al considerar la masculinidad como una característica estática de la identidad de los varones. En cambio, tomando en cuenta que la masculinidad es una configuración de prácticas, que puede ser modificada, nos permite complejizar las condiciones de los varones dentro de un proceso transitivo, en un constante



cambio. De modo que la masculinidad atraviesa un periodo de transición a través del cual las prácticas se están resignificando.

Un elemento que favorece el argumento de la crisis masculina ha sido el ingreso masivo de mujeres al campo laboral y profesional, así como la transformación de una cultura tradicional hacia una moderna (Montesinos, 2007). Hay tres elementos que explorar que los estudiosos de la masculinidad han resaltado como núcleos (Hernández, 2009) o mandatos (Olavarría, 2001) del ser hombre: la heterosexualidad, la proveeduría, y la paternidad. Estos se empatan con lo que Jiménez y Figueroa (2013) encuentran y definen ser el núcleo de la representación social hegemónica de la masculinidad. Para esta tesis, con fines analíticos, ubicamos estos núcleos o mandatos dentro de las tres dimensiones en la estructura de género que propone Connell (1987): relaciones de producción (trabajo), relaciones de poder (proveeduría) y relaciones de catexis (heterosexualidad).

Para aproximarnos al estudio de la masculinidad Connell y Messerschmidt (2005) proponen tres niveles de análisis: local (familias, organizaciones y comunidades inmediatas), regional (la cultura o el Estado-Nación) y global (campos transnacionales como la política mundial, negocios y medios) (Connell & Messerschmidt, 2005, 849). En esta tesis se opta por la primera opción, el nivel local. La sugerencia de los autores es que a través del análisis de las historias de vida se pueden detectar “compromisos contradictorios y transiciones institucionales que reflejan diferentes masculinidades hegemónicas que además contienen las semillas del cambio” (Ibid, p. 852: traducción propia).

Esta tesis propone abordar la masculinidad no como concepto abstracto sino como configuración de prácticas en un espacio microsocial: la conyugalidad. En primer lugar la conyugalidad es entendida como espacio privilegiado de interacción entre hombres y mujeres que constantemente están negociando su lugar dentro de la organización conyugal. Además, es en esta fase de la masculinidad (Olavarría, 2001) donde las dimensiones de la misma están más presentes. Es decir, el hombre ha demostrado su heterosexualidad, tiene responsabilidades como sustento del hogar a través del trabajo y, además, tiene la posibilidad de procrear.

La importancia de estudiar la conyugalidad es que se puede incluir el papel de las mujeres en la construcción de la masculinidad que como bien señala Gutmann (2002) “las investigaciones sobre los hombres y la masculinidad deben incluir las ideas y experiencias de las mujeres en relación con éstos” (Gutmann, 2002, 102).

Además, abordar la masculinidad en la conyugalidad entre profesionistas permite abonar en la exploración de la construcción de la masculinidad para ubicar cómo se configuran las prácticas cotidianas en un momento de transición y contradicción. Por tanto, la pregunta que guía esta investigación es la siguiente:

¿Cómo se resignifica la masculinidad con relación a la organización conyugal entre profesionistas considerando las tres dimensiones de la estructura de género?

El objetivo general es conocer de qué manera las negociaciones conyugales contribuyen a la resignificación de la masculinidad. Para lograrlo se analiza la historia de cinco parejas de profesionistas que residen en Tijuana, Baja California. La pertinencia de realizar este estudio en esta ciudad se debe a que este fenómeno es muy cercano a la realidad que se vive en esta ciudad, ya que a nivel nacional cuenta con el mayor porcentaje de parejas donde ambos cónyuges trabajan.

#### Estrategia metodológica

Este es un estudio cualitativo en el nivel micro que analiza la historia de cinco parejas de profesionistas. El criterio que se utilizó para seleccionar las parejas fue, en primer lugar que fueran profesionistas que actualmente ejercen como tal en sus respectivos campos, segundo que fuesen heterosexuales y por último que vivieran en pareja. La relevancia de estas características descansa en que las mujeres entrevistadas se alejan del lugar tradicionalmente asignado a la mujer en el ámbito doméstico. Particularmente a esto se aborda la conyugalidad entre parejas de profesionistas donde las mujeres optan por romper con su rol tradicional de ser amas de casas y tienen un proyecto personal de vida más que por necesidad económica. Además, estas relaciones permiten ahondar sobre un elemento central de la masculinidad hegemónica, la proveeduría única.

La selección de los casos fue por bola de nieve (Sampieri et al, 2001, 571) ya que el contacto se realizó por medio de los mismos entrevistados. Para respetar la privacidad de las parejas se les ha asignado una letra del alfabeto para obtener el anonimato. De igual manera se distingue el hombre y la mujer según la letra de la pareja que corresponde. El rango de edad de los entrevistados oscila entre los 29 y 39 años. De los diez entrevistados dos son originarios de Tijuana mientras que el resto arribó a Tijuana entre 2002 y 2012. Con excepción de un ingeniero, todos son profesionistas en las ciencias sociales, humanas o artes. En los cinco casos uno de los cónyuges pasó directamente de la casa de sus padres a la vida en pareja: tres de los hombres y dos de las mujeres. Es decir, en las cinco parejas entrevistadas, por lo menos uno de los cónyuges había vivido de manera independiente. El periodo de conyugalidad varía entre los tres y trece años. Las cinco parejas están casadas, no obstante tres iniciaron la vida conyugal antes de casarse. Tres de las parejas tienen por lo menos un hijo (Ver Anexo 1). Por esta razón este estudio es significativo más que representativo de las parejas profesionistas.

La herramienta es la entrevista a profundidad. De esta se retoman relatos sobre la experiencia de vivir en conyugalidad considerando dos conceptos principales: la masculinidad y la estructura de género. Las dimensiones de la primera son los mandatos de la masculinidad: heterosexualidad, trabajo-proveedor y paternidad. Las dimensiones de la estructura de género son las relaciones de producción, relaciones de poder y las relaciones de catexis.

#### Estructura de la tesis

El trabajo está dividido en cuatro capítulos principales que van de lo más abstracto a lo concreto. Es decir, se inicia con un desarrollo teórico a nivel macro, que es el capítulo primero. Seguido por un capítulo meso en el que se ubican las dimensiones de la masculinidad en transformación. En los últimos dos capítulos se presentan los resultados con respecto a las cinco parejas entrevistadas, retomando la propuesta teórica de las relaciones sociales en la estructura de género. Y finalmente, se explora la construcción de la masculinidad en los casos estudiados a partir de la organización doméstico-hogareña analizada en el capítulo tres.

En el primero se presenta el marco analítico retomando la propuesta de Connell (1987) sobre la estructura de género y sus tres dimensiones de relaciones sociales. Aquí la masculinidad se presenta como una posición dentro de la estructura, es decir, como una configuración de prácticas. Se retoma el concepto de masculinidad hegemónica a través de la cual se establece la norma y mandatos que el hombre debe cumplir para *ser hombre*.

El segundo capítulo se divide en tres apartados con respecto a los procesos de cambios socioculturales que le dan especificidad al tema de las masculinidades. Este es un capítulo puente entre lo macro y lo micro social para vincular lo abstracto de la masculinidad con las prácticas de los hombres estudiados. La primera sección de este capítulo trata sobre los cambios estructurales por la globalización. Luego se identifica cómo se expresan los mandatos de la masculinidad en México según los estudios. En una sección última se brindan elementos para entender la fase dentro del proceso de la definición de la masculinidad en la que se encuentran estos hombres.

En el tercer capítulo se presentan las negociaciones y situaciones conyugales que han llevado a la pareja a una organización circunstancial, pero favorable a la relación. Es a través de estas condiciones contingentes que se logra explicar una incipiente participación de los hombres en tareas del hogar y la transformación de la figura del hombre proveedor donde las mujeres aportan a los gastos del hogar de manera continua. Se presenta el concepto de equidad contingente para explicar cómo estas parejas llegan a acuerdos en la relación, que a su vez cuestionan las dimensiones de la estructura de género.

En el cuarto y último capítulo se elabora una interpretación de los relatos de los varones sobre su vida conyugal, identificando los temas a los que los entrevistados le dan prioridad en la definición de su masculinidad. Este capítulo estará organizado en dos secciones considerando la conyugalidad con hijos o sin hijos. Pensando en que cada uno de estos arreglos implica para los hombres distintas fases en la construcción de la masculinidad.

## **CAPÍTULO I.**

### **MASCULINIDAD: PRÁCTICAS, PROCESOS Y RELACIONES DE GÉNERO**

En este primer capítulo se presenta el marco teórico utilizado para analizar la resignificación de prácticas cotidianas de varones heterosexuales con parejas profesionistas a partir de las tres dimensiones de la estructura de género (relaciones de poder, relaciones de producción y relaciones de catexis), donde la masculinidad es definida como una configuración de prácticas (Connell, 1987).

Al considerar que esta configuración es dinámica y cambiante, se propone explicarla a partir de los procesos y relaciones a través de los cuales hombres y mujeres viven el género en la conyugalidad. Es decir, este estudio se enfoca sobre las prácticas de los hombres a lo largo de la biografía de la pareja, particularmente dentro de las negociaciones conyugales. Empero, partimos de que estas prácticas se relacionan con un modelo de masculinidad dominante que funge como referencia en la construcción de mandatos socialmente asignados a los hombres.

A partir de lo anteriormente expuesto este capítulo se divide en dos apartados. El primero busca articular la estructura de género con los elementos centrales de la conyugalidad: los vínculos emocionales y la organización doméstico-hogareña (De la Paz y Salles, 2006). En el segundo apartado se relacionan las prácticas conyugales con los mandatos masculinos dentro del marco de una masculinidad dominante. Más allá de construir una identidad masculina, se propone el análisis de los procesos y relaciones cotidianas que significan el ser y hacer de los hombres en la conyugalidad.

#### **1.1 La conyugalidad en el marco de la estructura de género**

Los estudios de la masculinidad tienen como antecedente las aportaciones teóricas sobre el género que emergieron entre académicas feministas que vincularon las diferencias entre los sexos y las disposiciones culturales dentro de la dicotomía femenino/ masculino durante la segunda mitad del siglo XX (De Barbieri, 1996). De esta manera las diferencias entre hombres y mujeres fueron consideradas como “una construcción social de lo masculino y femenino, privilegiando lo social y lo simbólico sobre lo biológico” (Arango et al, 1996, 21).

Estas diferencias socioculturales se reflejan tanto en creencias y representaciones como en las prácticas cotidianas de hombre y mujeres. En palabras de Connell: “el género es una forma de ordenamiento de la práctica social” (Connell, 1997, 35).

Para Connell (1987), el género es una estructura de relaciones sociales que configura las prácticas significadas como masculinas y femeninas, donde una estructura social es todo aquello que organiza y restringe las prácticas (Connell, 1987, 72). A partir de esto propone que estas prácticas se inscriben dentro de una estructura de relaciones sociales, que él llama la estructura de género. Para explicarlo propone un modelo tri-dimensional de las relaciones sociales que la componen: relaciones de producción, relaciones de poder y relaciones de catexis. Estas se explican dentro de un marco heteronormativo en las relaciones entre hombres, mujeres y hombres y mujeres.

#### 1.1.1 Relaciones de producción

Connell alude a cinco principios básicos que organizan las relaciones de producción: 1) la magnitud e insistencia en las demarcaciones entre los trabajos de hombres y mujeres; 2) la conexión entre las demarcaciones y la rentabilidad en el trabajo; 3) la exclusión de mujeres en la acumulación de riquezas; 4) prácticas homosociales que promueven la solidaridad entre hombres; y, 5) las divisiones de trabajo y de salarios que atribuyen el cuidado infantil a las mujeres (Connell, 1987, 104-105). Estas están profundamente respaldadas por lo que Connell (1987) llama “gendered logic of accumulation” donde la ganancia total favorece a los hombres y la “economía política de la masculinidad” (Ibid., 106) que descansa sobre la importancia de la masculinidad como recurso fundamental en la estructura económica.

Los principios mencionados son útiles para explicar algunas tendencias sociales que actualmente contradicen la estructura de género, particularmente con la incorporación masiva de mujeres al campo laboral (Ver Capítulo 2). Esto explica por qué el trabajo productivo ha sido monopolizado por los hombres, mientras que las mujeres se les asignan el trabajo reproductivo en la división sexual del trabajo, eje central en las relaciones de producción.

En la división trabajo/casa, que de acuerdo con Connell (2005) se efectúa debido a los procesos de industrialización en Europa y que luego fue tomado como modelo por los países industrializados (Connell, 2005, 371), la mujer fue asignada el cuidado del hogar (trabajo

reproductivo) mientras que el hombre el trabajo remunerado (trabajo productivo). Esto se ejemplifica en la organización de la pareja A que al preguntarle a la mujer si su esposo participaba en las tareas del hogar, ella responde: “No. Porque yo lavo, yo plancho, yo barro, yo trapeo, yo todo” (Mujer A, Entrevista, 2014). Y en cuanto la aportación económica ella dice: “De gastos, ahora sí que él, los gastos son de él, todo él. O sea, todos los gastos, teléfono, agua, todo él. (Mujer A, Entrevista, 2014).

En este estudio, la definición de trabajo de reproducción se recupera de Carrasquer et al (1998) como las “actividades destinadas a atender el cuidado del hogar y de la familia” (Carrasquer et al, 1998, 96). Este se diferencia particularmente del trabajo productivo por tres características principales: no ser remunerado mediante un salario, es trabajo eminentemente femenino, y es invisibilizado por los que lo realizan (Ibíd., 96). Estos autores logran tipificar el trabajo de reproducción en tres áreas: tareas de infraestructura (limpieza, preparación de alimentos, compras), tareas de cargas reproductoras (atención a hijos, atención a viejos, y atención a enfermos), y tareas de organización para el funcionamiento del hogar (ocio, administración de ingresos, y trabajo doméstico) (Ibíd., 101-102).

El estudio citado permite ahondar sobre la complejidad que implican las relaciones de producción y, además, indagar sobre las transformaciones en parejas que reflejan una distribución más equitativa de tareas del trabajo de reproducción, como las parejas B, C, D, y E en las que la participación de hombres en el trabajo reproductivo es continua y frecuente.

Sin embargo, las relaciones de producción no se limitan a la división trabajo/casa. Muchas mujeres son excluidas trabajos altamente pagados y los hombres no participan en trabajos considerados femeninos. En México, por ejemplo, las mujeres duplican la cantidad de hombres en trabajos de servicios de salud y asistencia social, mientras que en construcción y trabajos de transporte, correo y almacenamiento, son sólo tres y ocho por ciento del total respectivamente (INEGI, 2013). De esta manera la “cualificación y capacitación son mecanismos por el cual la división sexual del trabajo se convierte en un sistema de restricción social” (Connell, 1987, 100).

No obstante, esta estructura de las relaciones de producción es contestada por mujeres que han accedido a trabajos dominados por hombres, así como un alza en la

profesionalización. Un ejemplo de esto son las mujeres empresarias mexicanas que incurren en prácticas altamente competitivas en su lugar de trabajo con el propósito de obtener un puesto más alto (Zabludovsky, 1997). Otro ejemplo es presentado por Hualde (2001) en su estudio de identidad laboral de mujeres ingenieras en la industria maquiladora en Tijuana y Hermosillo. Este autor señala dos estrategias que las mujeres adoptan para lograr el reconocimiento de colegas y subordinados: “Una que renuncia en cierto modo a la diferencias de género y adopta las formas de conducta de los hombres; que trata de minimizar un compromiso emocional principalmente con los trabajadores a su cargo” y otra mediante “el acercamiento afectivo a los colegas o a los subordinados” (Hualde, 2001, 85). En concordancia con la economía política de la masculinidad, las mujeres adoptan los modelos masculinos del hombre en el trabajo.

La incorporación a la fuerza laboral y profesional también se explica a partir del interés de algunas mujeres por buscar el desarrollo personal, a través de la profesión como un proyecto de vida. Es una negociación de la identidad que busca integrar el trabajo como parte de su vida cotidiana, a este proceso Migueles et al (1998) lo llama el modelo pluridimensional de la vida cotidiana.

La hipótesis de estos autores es que la vida cotidiana y la estructura de sentidos que la rigen atraviesan un periodo de transición. El caso de las mujeres Españolas que están negociando entre el trabajo, la casa y su tiempo libre es un ejemplo de ello. Es decir, su vida ya no está centrada en el trabajo reproductivo sino abarca otras dimensiones sociales como las productivas. Los autores atribuyen esto principalmente a los cambios en tres factores; los cambios en la división sexual del trabajo a nivel estructural, la clase social, y las experiencias individuales. La aportación de Migueles et al (1998), es abrir la discusión de los cambios en las relaciones de parejas en busca de relaciones más democráticas.

Algo similar les sucede a los varones entrevistados en este estudio que atraviesan un periodo de transición de un modelo unidimensional, enfocado al trabajo productivo, hacia un modelo de pluridimensionalidad, incorporando el trabajo de reproducción, como el cuidado de los hijos y la participación en las tareas de infraestructura.



En este estudio las relaciones de producción se utilizan para analizar la organización doméstico-hogareña de las parejas. Nos interesan particularmente los procesos de negociación en la distribución de tareas reproductivas a lo largo de la historia de la pareja que han llevado a la organización doméstico-hogareña al momento de las entrevistas. Por un lado, se enfoca en la incipiente participación de hombres en tareas reproductivas, por otro, la inclusión del ingreso de las mujeres en los gastos del hogar sustentado en el interés de las mujeres en decidir sobre los gastos del hogar. Estas negociaciones son cruciales para entender cómo los hombres dan sentido al ser y hacer de los hombres.

### 1.1.2 Relaciones de poder

La subordinación generalizada de las mujeres y la dominación de los hombres es el eje principal de las relaciones de poder. Esta es mejor representada en el orden patriarcal entendido como el poder institucionalizado del hombre sobre la mujer y sus hijos, particularmente en la unidad familiar (Castells, 2004, 192). Muy ligada a las relaciones de producción donde Bourdieu señala que:

La preeminencia universalmente reconocida a los hombres se afirma en la objetividad de las estructuras sociales y de las actividades productivas y reproductivas, y se basa en una división sexual del trabajo de producción y de reproducción biológica y social que confiere al hombre la mejor parte, así como en los esquemas inmanentes a todos los hábitos ( Bourdieu, 2000, 49).

El libro *La dominación masculina* de Pierre Bourdieu presenta la distribución de poder desigual basada en los sexos, donde ostenta que se “legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada” (Bourdieu, 2000, 37). El poder, entendido como autoridad, es parte central de la estructura de género.

Jo Rowlands en León (2001) propone el concepto de empoderamiento como una nueva aproximación para estudiar el poder. Desde este no se piensa el poder como un ejercicio de suma cero o poder *sobre*, donde uno pierde y el otro gana, sino como un poder de suma positivo o poder para, con y desde dentro, donde el poder de uno incrementa el poder

del grupo (León, 2001, 101). La propuesta de León sobre el empoderamiento descansa en la segunda idea de poder positivo:

Éste es poder *para* que invoca la solidaridad para el cambio; el poder *con* nos habla de solidaridad y alianzas, mientras el poder desde dentro nos remite a la capacidad de transformar la conciencia propia y reinterpretar la realidad en que nos movemos (León, 2001, 101).

Esto se transforma en relaciones más igualitarias ya que el empoderamiento no es un fenómeno que se aplica para mujeres sino también a los hombres. Las transformaciones en las relaciones de género requieren de la participación de ambas partes, por un lado otorgando mayor autonomía a las mujeres y por el otro permitiendo que los hombres “sean capaces de expresar sus sentimientos, de transmitir ternura” (León, 2001, 105).

Retomando la estructura de las relaciones de poder entendidas en el marco del patriarcado concomitado con la propuesta de Jo Rolands (2001), este estudio analiza la transformación de las relaciones de poder considerando el empoderamiento femenino. Para esta tesis, las relaciones de poder se aborda desde la figura de autoridad y jefe de la familia que tiene el control de las tomas de decisiones.

### 1.1.3 Relaciones de catexis

La tercera dimensión de la estructura de género son las relaciones de catexis. El concepto de catexis es retomado por Connell del psicoanálisis de Sigmund Freud para dar cuenta de los vínculos emocionales que se establecen en las relaciones sociales, tanto hostiles como afectivas (Connell, 1987,112). Lo primordial para el concepto de catexis es que todas las relaciones sociales contienen una dimensión emocional, incluso erótica. La diferencia es la manera en que se socializan los cuerpos dentro de un sistema heteronormativo en que el sexo opuesto predomina como objeto del deseo. La prohibición de unas prácticas sobre otras sólo tienen sentido bajo mandatos específicos sobre lo que es masculino y femenino.

Debido a la condición histórica de las dimensiones de la estructura de género y su condición como objeto de prácticas, las relaciones de catexis también atraviesan un periodo de transición como lo demuestra el trabajo de Giddens (1992). La idea central del trabajo de

este autor es la transformación de las relaciones románticas a las relaciones puras (Giddens, 1992). Estas se entienden como relaciones democráticas donde el diálogo y la comunicación son la base de una relación íntima. La propuesta de Giddens descansa en la relación pura que explica un nivel de reflexividad individual donde:

Una relación social se establece por iniciativa propia, asumiendo lo que se puede derivar para cada persona de una asociación sostenida con otra y que se prosigue sólo en la medida en que se juzga por ambas partes que ésta asociación produce la suficiente satisfacción para cada individuo (Giddens, 1992).

Como puede observarse en la transformación de los arreglos nupciales. En algunos estados de la frontera norte de México las uniones libres han aumentado en mayor medida que los matrimonios religiosos y civiles (Ojeda, 2013). Ojeda señala que en la última década del siglo XX se estableció una tendencia en aumento de los matrimonios civiles mientras que los matrimonios religiosos iban en descenso. Sin embargo, en la primera década del siglo XXI aquellos fueron superados por los arreglos conyugales en unión libre. Vivir en pareja no es condicionado por un contrato legal o social.

Para el propósito de esta tesis, las relaciones de catexis permiten analizar la construcción de la masculinidad dentro del marco heteronormativo a partir de los procesos de cortejo e intimidad de las parejas donde se reflejan las prácticas asociadas a los mandatos de la masculinidad heterosexual dominante. También se consideran las dinámicas y procesos por los cuales los hombres se involucran sentimentalmente con sus parejas, hijos e hijas.

En resumen, estas dimensiones de la estructura de género las ubicamos en la conyugalidad. Es decir, si bien están presentes en todos los aspectos de la vida social, aquí se sitúan en la vida en pareja. La conyugalidad se entiende como el proceso de consolidación de una vida en pareja sustentada sobre vínculos emocionales y una organización doméstico-hogareña (De la Paz y Salles, 2006). Es un corte epistemológico con el propósito de ubicar la masculinidad en un lugar particular en lugar de una discusión generalizada sobre las masculinidades. En el siguiente apartado se presenta cómo los mandatos de la masculinidad se ubican en procesos y relaciones en la conyugalidad.

## 1.2 Los hombres en conyugalidad

En este apartado se presentan los planteamientos teóricos sobre la masculinidad como mandatos (Olavarría, 2001), y núcleos de la masculinidad (Hernández, 2009). Estos autores entre otros (Cruz, 2007; Salguero, 2008; Jiménez y Figueroa, 2013) coinciden en definir tres principales características de la masculinidad a partir de sus investigaciones en Chile y México respectivamente: la heterosexualidad, el trabajo y la paternidad. Se consideran estos tres pertenecientes a una masculinidad dominante. Es decir, el hombre para ser hombre es en primer lugar heterosexual, tiene trabajo y ha procreado. Todos los hombres entrevistados para este estudio cumplen con los primero dos, pero sólo tres tienen hijos. Como se verá, eso no los hace menos hombres, como se explica en las fases de la masculinidad que propone Olavarría (2001), pero todos aspiran a procrear en un momento futuro.

### 1.2.1 Modelos masculinos

¿Quién o qué nos dice cómo ser hombres? Olavarría señala la existencia de un “modelo referente” de masculinidad que define “atributos propios de los hombres e impone mandatos que señalan lo que se espera de ellos y ellas, siendo el patrón con el que se comparan y son comparados los varones” (Olavarría, 2001, 159). En su estudio sobre hombres en Santiago de Chile, señala algunos atributos de la masculinidad que comparten los hombres que se entrevistaron: ser hombre es signo de distinción; es recto y responsable; es autónomo y libre; fuerte y racional; emocionalmente controlado; fuerte físicamente; es de la calle; y es heterosexual. De la misma manera encuentra los tres mandatos de la masculinidad más significativos: “los hombres son heterosexualmente activos; los hombres se deben al trabajo, deben trabajar por dinero, y los hombres son padres y jefes del hogar” (Olavarría, 2001, 167). Los atributos y mandatos se refuerzan para construir un modelo referente de la masculinidad.

Nacer varón no garantiza la hombría. Olavarría señala cuatro fases en el ciclo de la vida de los varones que los define como hombres. Hay algunas experiencias que significan la masculinidad en su plenitud: primera experiencia sexual (con una mujer), tener trabajo, ser casado y ser padre. A partir de los hombres entrevistados en el estudio de Olavarría, este señala que “cada varón transita, mostrándose como hombre (“actual”), hacia lo que supone es ser hombre adulto (“futuro”) y trata de alguna manera de adaptarse a ese referente”

(Olavarría, 2001, 174). Como se menciona en la introducción, el hombre está constantemente demostrando su hombría. Los adolescentes, por ejemplo, miden su hombría a partir de la primera experiencia sexual. En la siguiente fase los varones deben tener la posibilidad de proveer, así que a partir de que se obtiene un trabajo es que se mide su hombría. El hombre adulto, “en plenitud” logra procrear

En su trabajo sobre representaciones sociales de la masculinidad en México, Jiménez y Figueroa (2013) encuentran que la representación hegemónica de la masculinidad comprende tres ejes fundamentales: sexualidad controladora, ser proveedor y el alejamiento de lo doméstico (Jiménez y Figueroa, 2013, 182). Estos se presentan como mandatos de los hombres que se deben cumplir para manifestar su hombría.

De la misma manera, a partir de los testimonios de cinco hombres entre 35 y 47 años, Cruz (2007) analiza cómo los ajustes del rol de proveedor impactan en su subjetividad partiendo de la premisa de que “el trabajo representa el medio que les permite ser reconocidos como exitosos, tener acceso a los recursos y mantener una posición de poder y prestigio simbólico y económico” (Cruz, 2007, 512). Entre sus resultados descubre que los hombres de su estudio la falta de trabajo les imposibilitan ejercer su autonomía y autoridad.

Salguero (2007), en su estudio sobre la incorporación del significado del trabajo en vida de varones, analiza los discursos de 27 hombres de clase media en la Ciudad de México y resume que el trabajo es parte esencial de la identidad masculina. Además, la adquisición de un trabajo representa el paso a la hombría y a las responsabilidades que conlleva ser proveedor (Salguero, 2007). Sin embargo, señala que el trabajo representa una paradoja que lo hace “irresponsable” en otras esferas de la vida familiar, el cuidado de los hijos y la su relación con la pareja. Mientras que el hombre es el proveedor, se distancia de la esfera doméstica.

El trabajo, por tanto, está ligado directamente a la posibilidad del ser proveedor. En su rol de proveedor y sustento económico del hogar, al hombre se le atribuye el poder de tomar decisiones sobre su familia. Hernández (2013) plantea que desde los siglos pasados en México:

la proveeduría económica masculina es una cualidad valorada en los hombres mestizos o indígenas, al grado de servir de parámetro para valorar quién era un hombre que merecía tener a una mujer y, por lo tanto, derechos sexuales sobre ella, o de lo contrario, sujeto a ser desacreditado socialmente (Hernández, 2013, 42).

El ser proveedor y sustento económico por tanto otorga autoridad: “el dinero te da poder” (Mujer E, Entrevista, 2014). En resumen, la proveeduría es pilar del hombre en conyugalidad otorgado por la posibilidad de ser sustento económico. Gran discusión de este trabajo se centra primordialmente en la relación de los hombres “en plenitud” con ser proveedor único, argumentando que actualmente se contradice con las estructuras económicas que lo sustentan.

### 1.2.2 ¿Crisis de la masculinidad?

Considerando que la estructura de género se relaciona con otras estructuras sociales, esta se ha visto modificada por cambios a nivel global. Castells señala que el orden patriarcal está siendo cada vez más contestado a nivel mundial por cuatro razones: la incorporación de mujeres al trabajo remunerado y estudios profesionales; cambios en la tecnologías biológicas, farmacéutica y la medicina, específicamente el control de natalidad; las demandas hechas por los movimientos feministas del siglo pasado; y la rápida difusión de ideas e información a nivel global (Castells, 2004, 194-195). Algunos autores han hecho énfasis en estos cambios causales de una crisis de la masculinidad.

Un exponente de la crisis de la masculinidad en México a partir de la transición cultural de una sociedad tradicional a una moderna es Rafael Montesinos (2007). Este presenta tres tipologías de hombres tradicionales: el macho, el mandilón y el rey benévolo. El macho se caracteriza por el uso exacerbado del poder y el mandilón por la relegación del poder a manos de la mujer mientras sigue cumpliendo con el rol de proveedor. En cambio, el rey benévolo representa al varón que tiene una relación igualitaria con su mujer al mismo tiempo que cumple con su rol de proveedor.

Entre los hombres modernos se encuentra el “varón en crisis”, que resalta su incapacidad de continuar siendo el proveedor de su familia causando conflictos en su relación. El “varón domesticado” que tiene una relación en la que se comparte el control del

dinero y consecuentemente el poder y ocasionalmente ayuda en las tareas del hogar. El tercero es el varón campante que se caracteriza por la despreocupación total de su papel económico y no cuestiona el poder de su mujer. Finalmente, la máquina del placer que se aleja del rol de proveedor y el trabajo centrando su masculinidad en su virilidad y deseo sexual (Montesino, 2007). Esta tipología es útil para relacionar ciertas prácticas con los modelos de masculinidad vigentes, particularmente en relación a los mandatos del hombre en plenitud (Olavarría, 2001). Empero, al considerar la masculinidad como una configuración de prácticas que pueden ser transformadas, una crisis implicaría una masculinidad esencializada. Es decir, esta tipificación se ve limitada cuando la masculinidad es entendida como un “proceso inacabado” (Hernández, 2012).

Connell encuentra útil el concepto de masculinidad hegemónica para explicar que no existe una forma única de masculinidad. La masculinidad hegemónica se entiende como la forma más honrada de ser hombre y requiere que todos los hombres se posicionen con relación a ella (Connell & Messerschmidt, 2005, 832).

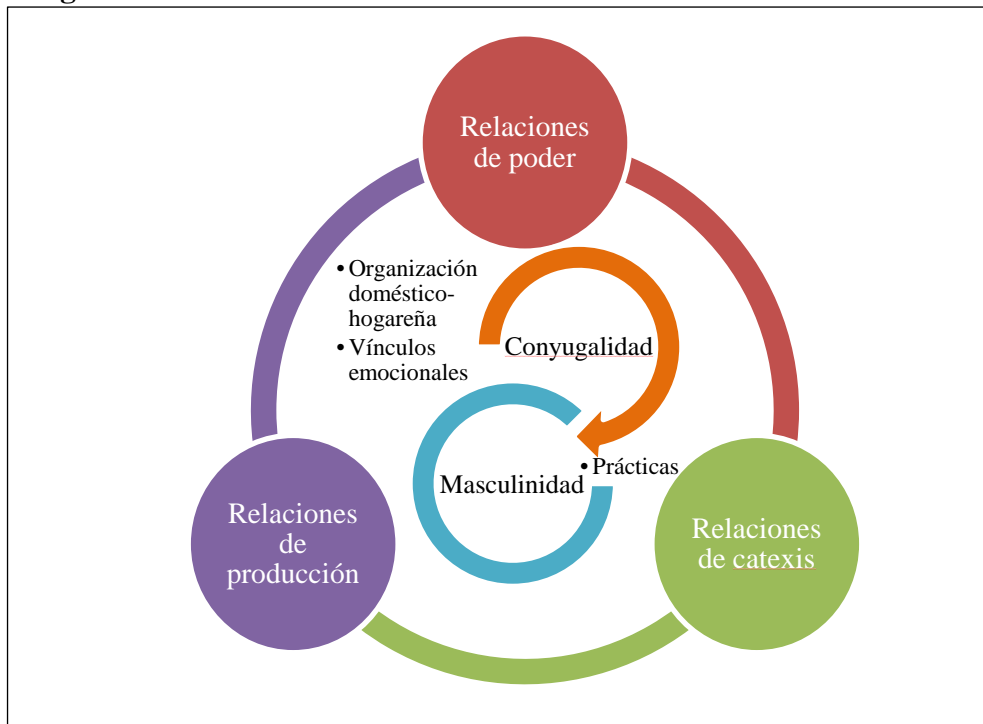
Esta masculinidad es un patrón de prácticas y sistema de significación que permiten la dominación de algunos hombres sobre otros hombres y mujeres. Es una masculinidad normada, que señala lo permitido y lo prohibido (Olavarría, 2001). “Hegemonía funciona, en parte, a través de la producción de ejemplares de masculinidad, símbolos que tienen autoridad a pesar de que la mayoría de hombres y niños no la vivan plenamente” (Connell & Messerschmidt, 2005., 841). Esto no quiere decir que todos los hombres que se apegan a esta forma de masculinidad tengan poder, sino al contrario, aquellos que tienen poder están reforzando este modelo. Es “una masculinidad autoritaria, dominante, que se impone sobre otras formas de ser hombre a la que se le ha dado el nombre de masculinidad hegemónica, porque hegemoniza la forma aceptable” (Olavarría, 2005, 50).

La masculinidad hegemónica, como una configuración de prácticas, también está sujeta a transformaciones y no crisis. Lo que actualmente se considera como la masculinidad hegemónica en occidente tiene una historicidad relativamente reciente. El rol de proveedor, por ejemplo, como se señala en el apartado anterior, surge a la par con la industrialización.

Con base en lo mencionado sobre las relaciones sociales en la estructura de género, se define la masculinidad no como un objeto sino como “una posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura” (Connell, 1997, 35). La masculinidad se construye a través de procesos y relaciones entre hombres y mujeres. Es una configuración de “prácticas a través del tiempo, que transforman sus puntos de partida en las estructuras de género” (Connell, 1997, 36). Ahora corresponde vincular esta configuración de prácticas con la experiencia de los hombres en su condición de hombres y sus experiencias.

La Imagen 1.1 permite visualizar la propuesta teórica que fundamenta este trabajo. Como estructura que restringe y permite las prácticas se encuentran las tres dimensiones de la estructura de género conectadas entre sí. Lo que vamos a analizar son las características de la conyugalidad y su relación con la masculinidad. Como elementos de la conyugalidad, definida por De la Paz y Salles se encuentran la organización doméstico hogareña y los vínculos emocionales. La masculinidad, al centro de la figura como una configuración de prácticas.

**Imagen 1.1. Relaciones de la masculinidad**



Fuente: Elaboración propia



### 1.3 Consideraciones finales

La propuesta de Connell (1987) para analizar la masculinidad como configuración de prácticas es retomada para esta tesis ya que la explica como prácticas dentro relaciones sociales específicas. Al considerarse como una configuración de prácticas en la estructura de género permite comprender su carácter transitivo a lo largo de la historia de las parejas entrevistadas. Estas configuraciones se articulan y relacionan de forma diferente según las condiciones y situaciones en la que se encuentran.

Los estudios realizados en América Latina sobre los hombres se han centrado en el trabajo y ser proveedor como núcleo central del modelo referente de la masculinidad. Cuatro de los hombres entrevistados muestran una transición de este elemento ya que no son proveedores únicos. Esto se debe en gran parte a la relación que se establecen con sus parejas que han optado por ingresar al campo laboral como parte de su proyecto de vida, más que por una necesidad. Esto ha llevado a negociaciones conyugales que permiten una resignificación de prácticas de los varones.

La masculinidad es significada de manera diferente entre los hombres. Es diversa aunque existe un modelo ideal de masculinidad. Retomando las cuatro etapas del ciclo de vida (niño, adolescente, adulto, viejo), Olavarría (2001) propone que hay diferentes formas de ser hombre. La fase del adulto se posiciona como el hombre en plenitud (Olavarría, 2001, 181). Es en esta fase de la masculinidad que se centra este trabajo. Los hombres entrevistados han demostrado su hombría después de su primera relación sexual, han logrado tener un trabajo para mantener una familia, y, en tres de los cinco casos, han procreado. Empero, también muestran una transición al incurrir en prácticas que a lo largo de la historia han sido asignadas a las mujeres que justifica la pregunta sobre cómo estos varones han resignificado el ser hombre.

La masculinidad atraviesa un periodo de transición. Esto no quiere decir que todos los hombres estén modificando sus prácticas, sino que las configuraciones de las prácticas están en proceso de construcción. Las contestaciones a las dimensiones de la masculinidad hegemónica se reflejan en los cambios estructurales e institucionales, donde el hombre no

tiene el monopolio de trabajo remunerado, ni los atributos de la masculinidad son precisos, aunado a los diversos arreglos conyugales.

Se enfatiza en la conyugalidad como locus de negociación donde las estructuras son cuestionadas. Particularmente considerando que las negociaciones no son implícitas ni buscadas, al contrario surgen a partir de circunstancias externas, apegado a las tendencias socioculturales por las que las parejas atraviesan donde las mujeres han sido un factor importante en la negociación de la masculinidad, por esta razón en el siguiente capítulo se introducen algunas tendencias sociales que enmarcan las relaciones sociales de los hombres entrevistados.

## **CAPITULO II.**

### **TENDENCIAS SOCIALES EN CONTRADICCION CON LOS REFERENTES DE LA MASCULINIDAD**

La masculinidad como abstracción permite ubicar algunos componentes que la definen: la heterosexualidad, el trabajo, la vida conyugal y la paternidad. Sin embargo, no basta con identificar o comprobar la existencia de estos componentes sin poder aterrizarlos en términos concretos. Hace falta ubicar estos componentes y dimensiones de la masculinidad dentro de estructuras específicas para dar sentido a los conceptos analíticos presentados en el capítulo anterior. Con mayor importancia cuando se argumente que la estructura de género atraviesa un periodo de transición.

Los datos que se presentan en este capítulo permiten relacionar las realidades que viven las parejas con los elementos teóricos que guían el análisis. Es decir, se busca establecer un vínculo entre el marco teórico con el análisis empírico. En particular considerando lo significativo de los casos estudiados, como hombres y mujeres profesionistas que viven en conyugalidad.

De modo que este capítulo ubica la masculinidad en un espacio y tiempo particular dividido en tres apartados que van de lo macro a lo micro: reestructuración global; atributos de la masculinidad en América Latina y México, y, particularmente, la masculinidad en su fase de plenitud en la vida conyugal. Al considerar la masculinidad como algo relacional y destacando la importancia que juegan las mujeres en la construcción de la masculinidad, al considerar el trabajo y la profesión como parte de su proyecto de vida, algunas mujeres también cuestionan la configuración de prácticas de la masculinidad hegemónica. El primer apartado aborda la incorporación de mujeres al campo laboral y profesional, retomando datos demográficos a nivel nacional y estatal.

En el segundo apartado se presentan estudios sobre hombres en su condición de hombres en América Latina y México. Estos estudios presentan, por un lado, que no es posible hablar de una sola configuración de masculinidad, sino de masculinidades, según las

condiciones y situaciones presentes y por otro lado, que la masculinidad es un proceso que es constantemente modificado.

El último apartado trata sobre los nuevos arreglos conyugales y la ausencia de hombres en familias monoparentales. En primer lugar señala una modificación en los arreglos conyugales donde el matrimonio no es la base de la vida conyugal. Es decir, los esposos y esposas ya no tienen como prioridad casarse. Luego, marca la incipiente participación de hombres en el cuidado de los hijos. Por último, ejemplifica como la figura del proveedor es representada por mujeres en familias monoparentales.

De manera general se plantea que las mujeres que han optado por un proyecto de vida que no está limitado a la vida doméstica y que viven en conyugalidad es el locus ideal para comprender cómo las relaciones de producción, poder y catexis de la estructura de género están redefiniendo la masculinidad.

## 2.1 Reestructuración global

Giddens, (2000) descarta que la dimensión económica sea el único elemento de la globalización ya que el comercio global tiene una historicidad de varios siglos. De esta manera, la globalización se refiere a una “serie compleja de procesos” que no sólo forman parte de la estructuras sociales, “la globalización no tiene que ver sólo con lo que hay ‘ahí afuera’, remoto y alejado del individuo. Es también un fenómeno de ‘aquí dentro’, que influye en los aspectos íntimos y personales de nuestras vidas” (Giddens, 2000, 24-25). Sin embargo, desde la posición del autor, analizando sociedades que han sido afectadas directamente por los procesos de globalización, esto se ve como una transformación clara.

Pero no todas las sociedades han sido afectadas con la misma magnitud por los procesos de globalización donde la economía ha sido la mayormente discutida. Los cambios e intercambios económicos son apenas la punta del iceberg de los complejos fenómenos sociales que se refieren a la globalización. Una propuesta desde la teoría feminista busca incorporar el género como una dimensión más en lo que denominan la reestructuración global en lugar de globalización (Marchand y Sisson, 2000).

A diferencia del concepto de globalización, la reestructuración global hace referencia a cosas que son parte de esferas y niveles diferentes y no meros procesos de intercambio global (Marchand y Sisson, 2000). Uno de estos es la forma en que las mujeres y hombres han sido afectados por modificaciones en las estructuras sociales. Esto permite ubicar aquellos que están fuera de los marcos de la globalización para ver cómo esto les afecta en su vida personal.

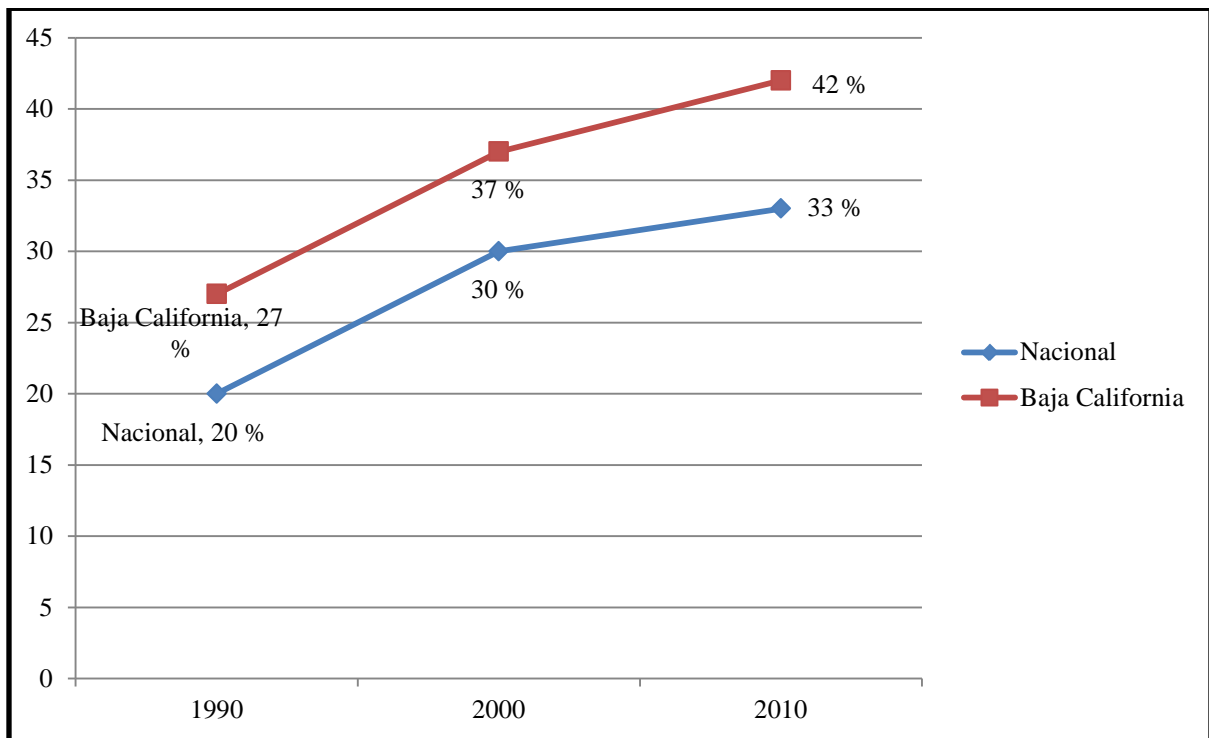
### 2.1.1 Monopolio del trabajo remunerado

Durante las últimas dos décadas en México la incorporación de mujeres al campo laboral ha estado en la alza. A nivel nacional, según el Censo General de Población y Vivienda realizado por el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) en 1990, sólo 20 por ciento de las mujeres mayores de 12 años formaba parte de la población económicamente activa. Es decir, por cada diez personas empleadas o en busca de empleo ocho eran hombres. Para el 2010 esta cifra había alcanzado 33 puntos porcentuales. Es decir, tres de cada diez mujeres que viven en México han trabajado o están en búsqueda de trabajo remunerado. Para Baja California, que es el segundo estado con mayor porcentaje de mujeres en la fuerza laboral, sólo por debajo del Distrito Federal, esa cifra llegó a 42 por cien. En otras palabras, para la primera década del siglo XXI cuatro de cada diez mujeres trabajaba o estaba en búsqueda de trabajo (Ver Gráfica 2.1). En cambios la PEA de hombres se ha mantenido casi al doble: 68, 70 y 73 por ciento para las décadas de 1990. 2000 y 2010 respectivamente. Es decir, el trabajo de las mujeres no reduce la población masculina económicamente activa, sino que cuestiona el monopolio del trabajo mostrado por los hombres. Los hombres se encuentran con mujeres que no aspiran a ser exclusivamente amas de casa, cuestionando su posición de proveedor.

La incorporación femenina al trabajo remunerado en Baja California se explica, aunque no de forma determinada, por dos situaciones: 1) la reestructuración económica que buscaba estabilizar la crisis económica por la que atravesaba el país a mediados de la década de 1980 a través de medidas descentralizadoras y la inversión extranjera, siendo beneficiado el norte del país (de Oliveira y García, 1998, pp. 40-43); y, 2) la prolongada crisis económica donde un sueldo no es suficiente para cubrir las necesidades básicas en un hogar requiriendo

un segundo salario (Salles y Olivo, 2006, p. 50). El alto porcentaje de mujeres en el campo laboral en Baja California, por ejemplo, es resultado de la consolidación de la industria maquiladora que aprovechó la población femenina como una fuerza laboral rentable, que además “se trataba de una fuerza de trabajo nueva que no tenía experiencia sindical y que había estado excluida de los mercados de trabajo asalariado en México” (Solís, 2009, 87). Por eso se ve un aumento drástico de mujeres en el campo laboral.

**Gráfica 2.1** Población femenina económicamente activa



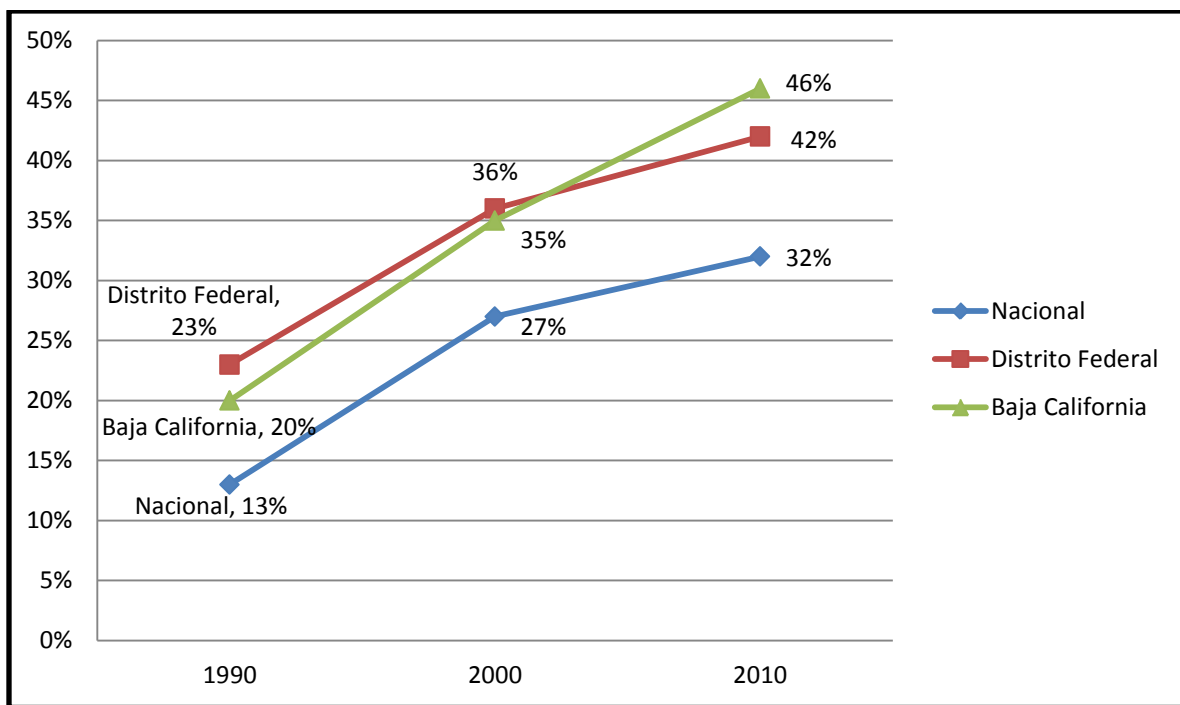
Fuente: INEGI, Censo General de Población y Vivienda 1990; 2000; 2010. Elaboración propia.

La primera generación de mujeres contratadas en las maquiladoras eran jóvenes, solteras y sin hijos pero que luego se cambió por mujeres casadas y con hijos ya que “married mothers made better workers because they were more mature, reliable, and less apt to jump from job to job than single women” (Tiano, 2006, 80). Esto se refleja en datos demográficos de parejas donde ambos cónyuges trabajan. En esto Baja California ha pasado a ser el estado con mayor porcentaje de hogares donde ambos cónyuges trabajan. Cabe mencionar que las trabajadoras de las maquiladoras son de clase baja y los recursos

económicos insuficientes, así que la incorporación de la mujer al trabajo se vuelve una necesidad.

A nivel nacional, el porcentaje de hogares donde ambos cónyuges trabajan aumentó de 13 a 32 por ciento entre 1990 y 2010 según la Encuesta General de Población y Vivienda de 1990 y 2010. Durante la década de 1990 el Distrito Federal lideraba como entidad con mayor porcentaje de parejas con dobles ingresos con 23 por cien seguido por Baja California con 20 por ciento. Durante la última década del siglo XX estos números aumentan por 13, 14 y 15 puntos porcentuales respectivamente. La tendencia fue aumentado para el nuevo siglo pero para la primera década del siglo XXI, Baja California pasó a ser el estado con mayor porcentaje de hogares con dobles ingresos con 46 por ciento. Aproximadamente la mitad de todos los hogares en Baja California cuentan con dobles ingresos (Ver Gráfica 2.2).

**Gráfica 2.2** Hogares con ambos cónyuges económicamente activos



Fuente: INEGI: Censo general de población y vivienda 1990: 2000; 2010. Elaboración propia

El impacto de la incorporación laboral ha sido estudiado en América Latina por Catalina Wainerman que estudió familias de doble proveedor en Argentina. Wainerman (2000) investiga sobre las parejas de dobles ingresos señalando que “la posibilidad de las

mujeres de obtener y controlar su propio dinero y su independencia, aunque precaria, es un motor de cambios en la distribución del poder conyugal, en la toma de decisiones, en la educación de los hijos y, por supuesto, en la formación y disolución de las familias” (Wainerman, 2000, 152). El estudio se basa en 37 familias de clase media profesional que por su estructura de dos proveedores cuestionan la división sexual del trabajo. Wainerman encuentra que el trabajo de la mujer es visto como un apoyo al ingreso familiar, siendo el hombre el proveedor. Esto se debe a que el trabajo de la mujer es visto como parte de su crecimiento personal y no una necesidad económica.

En la práctica esto se traduce en las dobles jornadas de la mujer ya que mientras la ella ocupa espacios de *afuera* el hombre no se responsabiliza por lo de *adentro* (Wainerman, 2000, 178). Manifiesta que “la sensibilidad a la cuestión de género, a la igualdad de capacidades y de oportunidades, al derecho a la realización personal, al desarrollo individual, se ha adueñado más del discurso público, que las actitudes más profundas y que los comportamientos (2000, 178). Concluye que entre parejas de clase media profesional las relaciones de género no han sido modificadas de manera significativa en Argentina. Algo similar sucede en los casos estudiados, tanto hombres como mujeres hacen mención de la importancia de relaciones más igualitarias, pero las prácticas apenas empieza a ser modificad, y en mayor medida por condiciones y situaciones ajenas a la pareja. Eventos fortuitos, punto de inflexión que lleva a la pareja a reacomodar su organización doméstico-hogareña. Esto es lo que ubicamos como la transición de la masculinidad.

### 2.1.2 Dimensiones de los proyecto de vida

A partir de los datos demográficos se indica que la inserción laboral de las mujeres ha transformado sus formas de realizar sus actividades diarias. Sin embargo, los cambios en las relaciones con sus parejas depende de otros factores socioculturales que no los explican la economía. Es decir no basta que las mujeres se incorporen a la fuerza laboral para garantizar cambios en las relaciones de género en México.

El concepto pluridimensional también aplica para explicar la inmersión de hombres en el ámbito reproductivo. De acuerdo a lo planteado en el capítulo teórico sobre la pluridimensionalidad de mujeres que entran al campo laboral, para los hombres entrevistados



ocurre a la inversa. Al negociar los arreglos conyugales, uno de los hombres entrevistados también ve las tareas reproductivas como parte de su hacer cotidiano. “Yo me aviento el jale de los trastes y lo inmediato de ir levantando el desmadre, que no se acaba con tres morros, imagínate, siempre hay que estar levantado y recogiendo cosas” (Hombre E, Entrevista, 2014).

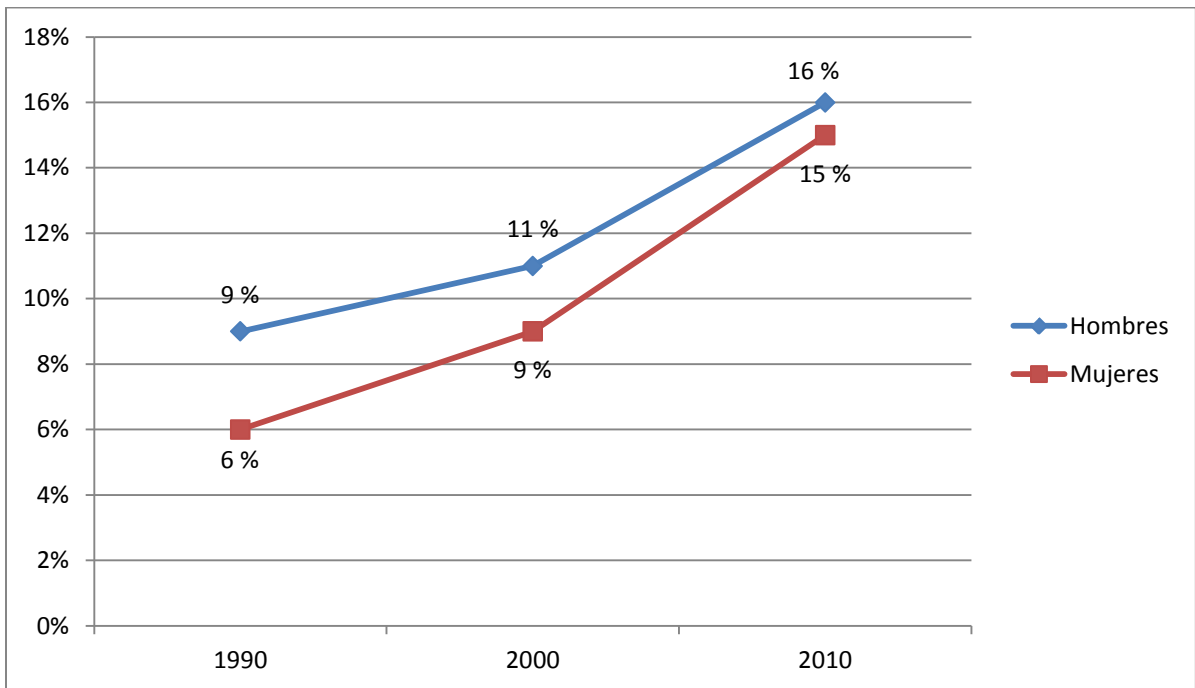
Es precisamente la profesionalización de mujeres que nos permite pensar en cambios cualitativos en la masculinidad al considerar que es relacional y para muchas mujeres sus expectativas no están centradas exclusivamente en sus funciones reproductoras, ni en el ámbito doméstico, ya que el desarrollo personal en el ámbito extra doméstico resulta ser un elemento primordial en sus proyectos de vida” (Pomar y Martínez, 2007).

### 2.1.3 Profesionalización de la población mexicana

El crecimiento de la población profesionista se ha dado en términos equivalente entre los sexos en México. En 1990 nueve por ciento de los hombres del total de la población contaba con estudios profesionales mientras que sólo seis por cien para las mujeres (INEGI, 1990). Durante las décadas siguientes estos números han aumentado de manera drástica duplicando el porcentaje de mujeres profesionistas hasta el punto que en 2010 la diferencia entre hombres y mujeres profesionistas era de uno por ciento (Ver Gráfica 2.3). Es decir, en términos generales la población ha duplicado el porcentaje de profesionistas.

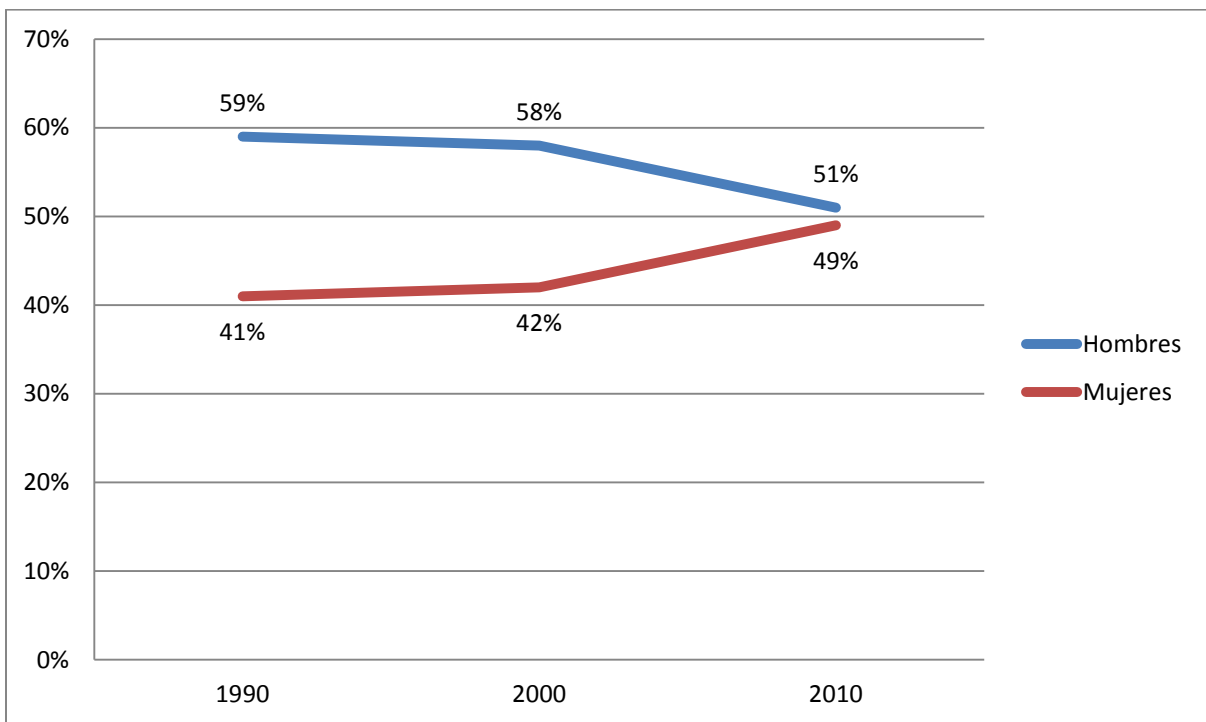
El aumento de mujeres con relación a los hombres ha incrementado al grado de ser casi la mitad de la población profesionistas. En la Gráfica 2.4 se muestra que la diferencia de casi 18 por ciento entre hombres y mujeres en 1990 pasa a ser de sólo dos puntos porcentuales en el 2010. Ser profesionista se presenta como oportunidad para hombres y mujeres. La diferencia de hombres y mujeres profesionistas es menos de un millón de personas. Es decir, que casi por cada hombre profesionista hay una mujer profesionista. Sin embargo, el aumento de mujeres con profesionistas no se ha distribuido en forma simétrica entre las distintas disciplinas, al contrario la mayoría de las mujeres cursa profesiones tradicionalmente cursada por mujeres, lo mismo se infiere de los hombres que estudian ingenierías y ciencias.

**Gráfica 2.3** Profesionistas en México



Fuente: Elaboración propia con datos INEGI. Censo general de población y vivienda 1990; 2000; 2010.

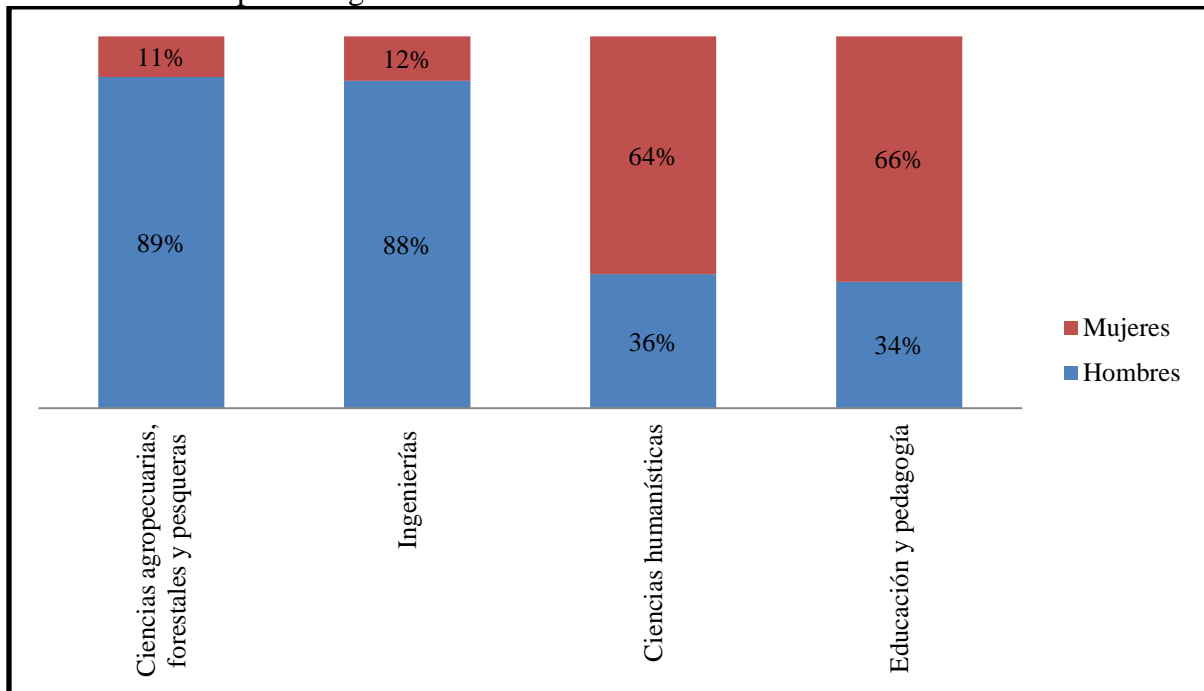
**Gráfica 2.4** Total de profesionistas por sexo



Fuente: Elaboración propia con datos INEGI. Censo general de población y vivienda 1990; 2000; 2010

La distribución de los sexos según las disciplinas ha cambiado poco. Es decir, las mujeres siguen eligiendo carreras asociadas a la feminidad como la educación y las ciencias humanísticas, mientras que los hombres son más del 80 % de los ingenieros y profesionistas en ciencias agropecuarias, forestales y pesqueras (Ver gráficas 2.5 y 2.6). En otras disciplinas se muestra una diferencia menor, pero siguen reproduciendo una estructura de división sexual del trabajo. En el caso de las parejas entrevistadas, todos, con la excepción de un hombre que es ingeniero, se especializaron en disciplinas humanas, sociales o artísticas.

**Gráfica 2.5** Disciplinas según el sexo en 1990



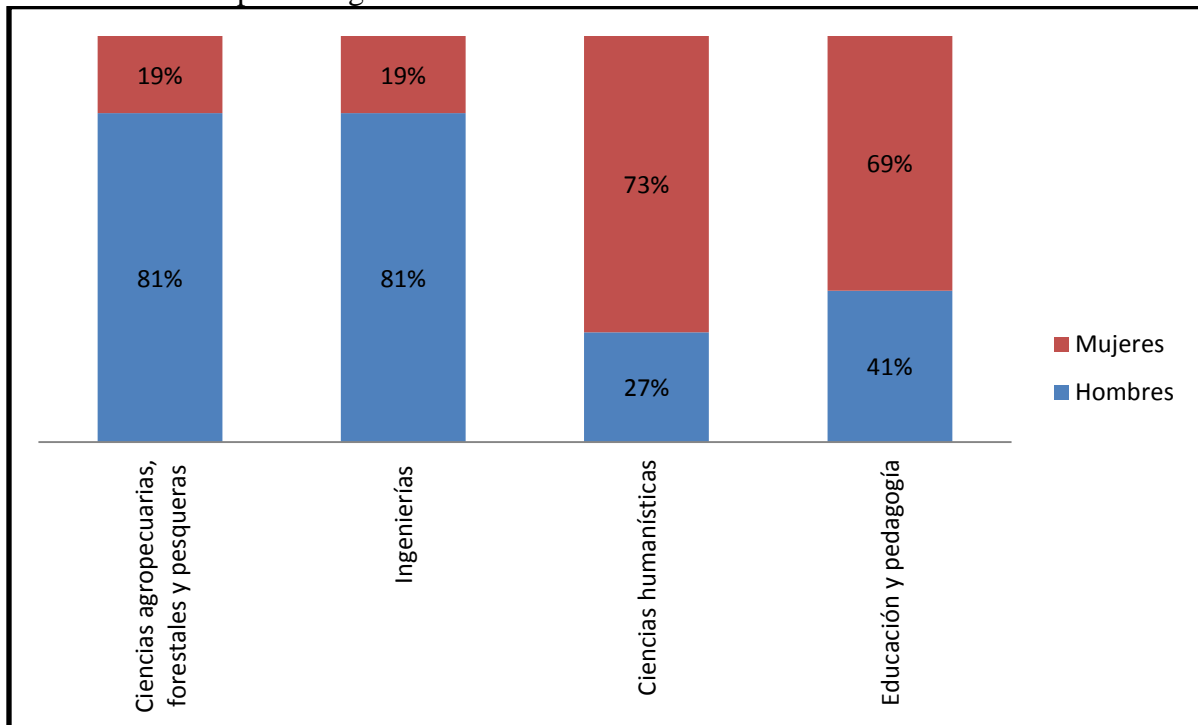
Fuente: Elaboración propia según datos del INEGI Censo de población y vivienda 1990<sup>1</sup>

Blanco (1999) identifica el motivo de inserción en distintas profesiones con el fin de ascender en la escala social. La realización personal como proyecto de vida ha despuntado como interés primordial para las mujeres que han optado por continuar con estudios profesionales (Blanco, 1999). Blanco, a través de ocho casos de mujeres profesionistas indaga las trayectorias laborales de mujeres en el sector burocrático y el académico. Indica que a la hora de dejar su trabajo los factores de socialización y de cultura juegan un papel importante, más allá de sus necesidades económicas. Las mujeres que trabajan en oficinas se

<sup>1</sup> Las cuatro disciplinas mostradas son aquellas que muestran una diferencia mayor a 30 por ciento. Se seleccionaron estas como representativas del fenómeno a explicar.

hacen cargo del cuidado del hogar y de los hijos porque sienten la necesidad o el deber de hacerse cargo personalmente. Sin embargo, las profesionistas académicas contratan alguien para que se haga cargo de la limpieza de la casa y los hijos son cuidados en guardería. En su estudio, la responsabilidad doméstica la siguen teniendo las mujeres. Al igual que en el nivel estructural en el cual la selección de carreras es segregada por los sexos, la división del trabajo a nivel micro se reproduce.

**Gráfica 2.6** Disciplinas según el sexo en 2010



Fuente: Elaboración propia según datos del INEGI Censo de población y vivienda 2010

Los datos anteriores muestran que la profesionalización, tanto de hombres como mujeres, representa un fenómeno social creciente en México avalado por factores económicos e intereses personales. Al considerar el género como algo relacional, también los hombres se ven afectados por la pérdida del monopolio sobre el trabajo. Salguero (2008) resume de la siguiente forma: “ahora, el que ellos tengan un trabajo no garantiza la posición de superioridad prometida por los discursos hegemónicos, así que deben involucrarse en una serie de procesos complejos donde tienen que valorar y resignificar muchas cosas” (Salguero, 2008, 260-261).

Hay dos cosas en particular que los hombres entrevistados deben resignificar, por un lado el valor que se le da al trabajo y por otro la inmersión al trabajo reproductivo. Estos son temas principales en la transición de la masculinidad. De ahí que surgen las ideas sobre los hombres que no cumplen con sus responsabilidades y son estereotipados como atenidos o mandilones.

#### 2.1.4 Hombres “hombres”: entre mandilones, machos, y responsables

Los estudios de hombres y masculinidades de América Latina surgen durante la década de 1980 (Viveros, 2001), donde se aborda la identidad masculina a partir de los mandatos del ser hombre, las transformaciones en un mundo globalizado, el trabajo y el machismo (Gutmann y Viveros, 2005). En México, destaca el estudio etnográfico del antropólogo Matthew Gutmann (2000) realizado durante la última década del siglo XX en una colonia popular en la Ciudad de México que cuestiona lo que es *ser hombre*. Una gran aportación de este trabajo es ubicar los múltiples procesos y dinámicas que influyen en la construcción de la masculinidad o masculinidades. Hernández (2009; 2013) parte de clasificaciones que hacen tanto hombres como mujeres sobre los hombres en Tamaulipas.

A inicios la década de 1990 Matthew Gutmann exploró los significados del ser hombre en Santo Domingo, una colonia popular en la Ciudad de México. El trabajo de Gutmann subraya la importancia del papel que juegan tanto hombre como mujeres en la construcción de la masculinidad. En primera instancia señala que no existe una forma única de expresar la masculinidad sino que “los hombres no se ajustan a los tipos ideales y bien comportados que se aíslan de un tiempo y espacio culturales, ni las relaciones de género están marcadas por una clara uniformidad o una estabilidad permanente” (Gutmann, 2000, 347). Entre sus aportaciones principales está el hecho de que la masculinidad y feminidad son “diversos y contradictorios a la vez, y quedan de manifiesto en los hombres y mujeres de todo el país que continúan participando en los descubrimientos y las creaciones originales de futuras identidades y prácticas de género” (Gutmann, 2000, 349). Esto se refleja, por ejemplo, en la crianza de los hijos donde la participación de los hombres se hace más visible.

Hernández (2009) en su investigación sobre la masculinidad en la colonia Libertad en Ciudad Victoria, Tamaulipas parte de una clasificación definida por miembros de la colonia:

hombres responsables y hombres cabrones. El primero se refiere a los hombres que cumplen su rol de proveedor mientras que los segundos aquellos que son infieles a sus parejas. Lo que descubre Hernández es precisamente que los límites de una clasificación y otra no son precisos ya que éstas frecuentemente se traslapan. Algunos hombres son responsables, es decir cumplen plenamente con el rol de proveedor y además son infieles mientras que hay hombres que no pertenece a ninguna de las tipologías. Para Hernández "Las masculinidades, así como las relaciones de género, son construidas, negociadas, y significadas por los hombres y las mujeres en diferentes momentos de su vida, ámbitos y situaciones de interacción social" (Hernández, 2009, 34).

A partir de este trabajo realiza una investigación histórica sobre las masculinidades en Tamaulipas. Hernández (2012) presenta lo que él llama el "proceso inacabado en la construcción de la masculinidad" en Tamaulipas al considerar cuatro dimensiones en la construcción de la masculinidad: relaciones de clase, relaciones de poder, relaciones de género y la experiencia generacional. Desde un recuento histórico indaga sobre las relaciones entre dichas dimensiones según las condiciones socio-históricas donde se presentan como procesos de migración del campo a la ciudad y de la política. Destaca también los cambios a partir de la participación de mujeres en esferas del activismo político donde surge una negociación por la autonomía de las mujeres. En suma, las masculinidades siempre están en constante transformación.

## 2.2 Conyugalidad y arreglos familiares

El espacio donde se analizan la masculinidad con relación a sus parejas es la conyugalidad. Esta se define como:

La vida en pareja independientemente de la forma del contrato, norma o arreglo que la rige, [...] involucra relaciones de intimidad que además de nexos emocionales diversos, implica no sólo solidaridad, sino también conflictos, proyectos compartidos o antagónicos, requiere de organización domestico-hogareña y reposa en mayor o menor medida en nexos sexuales y eróticos entre los cónyuges (De la Paz y Salle, 2006, 389-391).

Destaca sobre todo los vínculos de intimidad que distinguen la conyugalidad así como la organización “domestico-hogareña” por encima de las modalidades que estructuran la institución familiar como el matrimonio, la unión libre o el concubinato.

En este estudio la conyugalidad en la vida cotidiana se entiende a partir de un enfoque biográfico de la vida en pareja que “está fuertemente signado por las tipificaciones que cada uno de los cónyuges trae consigo al nuevo cuadro socializador” (Lindón, 2000, 111). A través de la interacción cotidiana, como señala Lindón (2000), se “va pasando de interacciones fuertemente basadas en tipificaciones previas que se aplican al otro (el cónyuge) y a sus actos, a otras interacciones negociadas dentro de este marco normativo que se va construyendo progresivamente” (Ibíd., 111). De modo que se considera la conyugalidad como locus de negociación donde se contestan las relaciones sociales en la estructura de género.

De las consideraciones anteriores la conyugalidad se entiende como “el resultado de la tensión entre negociar y tipificar unilateralmente al otro y a las situaciones, todo ello en el contexto y el *frame* de una biografía compartida que deviene en memoria de la pareja” (Lindón, 2000, 111). Los cónyuges, a través de su acervo subjetivo de conocimientos, establecen las reglas de la relación a través de micro rituales “de acuerdo con patrones sociales, usualmente no reflexionados porque son conocimientos adquiridos a lo largo de la vida y disponibles en alguna capa del acervo subjetivo” (Lindón, 2000, 113). Dentro de este marco de negociación de tipificaciones en la conyugalidad se analiza las transformaciones en las relaciones de género a través de la historia de cinco parejas. Ahora es preciso definir y ubicar las relaciones de género a las que se refiere.

En la actualidad “se ha ido desplegando una serie de variantes, una sutil diferenciación de formas de convivencia que no tienen cabida en las categorías usuales de nuestra mentalidad” (Beck-Gernsheim, 2003, 14). Esto se refleja en los arreglos consensuales en el estudio de Ojeda (2013) en la cual se ve una transición en las últimas décadas donde los matrimonios religiosos disminuyeron ante los matrimonios civiles en la última década del siglo XX, mientras que para el 2010 la unión libre prevalece como arreglo conyugal con mayor aumento (Ojeda, 2013). Los arreglos nupciales en la región norte de México, particularmente en el estado de Baja California prevalece una transición de la nupcialidad

tradicional del matrimonio religioso o civil a las uniones libres (Ojeda, 2013). De los estados en esta región Baja California supera al resto en la cantidad de uniones libres con relación al número de matrimonios en la región norte de México. La hipótesis que plantea Ojeda como conclusión en su estudio es que la región fronteriza por sus características de alto empleo femenino y mejores oportunidades de remuneración económica están favoreciendo

Un ambiente social y cultural en el que se está llevando a cabo una revaloración social y cultural de los distintos arreglos conyugales en la región, en el cual la unión libre o consensual se percibe como más favorable entre las parejas, y en especial entre las más jóvenes, pueden ser factores en la alza de las uniones libres, siendo que estos de arreglos pueden ser terminados con mayor facilidad (Ojeda, 2013, 677).

Las relaciones de género y la conyugalidad están caracterizadas por el emparejamiento y desemparejamiento por encima de la tradición. Los compromisos se realizan de manera individual.

Hechas las consideraciones anteriores el punto de partida para el análisis de la resignificación de la masculinidad son las parejas de profesionistas donde ambos cónyuges tienen su profesión como un proyecto de vida. Se busca analizar los cambios en las relaciones de parejas que redefinen la masculinidad en espacios cotidianos.

### 2.2.1 ¿Quién ocupa rol de proveedor?

El debate en torno la proveeduría exclusiva de los varones se ha mencionado a lo largo del texto, presentado como un componente de la masculinidad en crisis. Sucede que entre los entrevistados el proveedor queda como una figura presente. Aun cuando las mujeres tienen sus ingresos, lo que los y las entrevistadas consideran los gastos fijos como la renta y los servicios, siguen siendo responsabilidad de los varones. Como el caso de las familias de doble ingresos en Argentina que Wainerman (2000) el ingreso de las mujeres en familias de clase media, las mujeres se han distanciado de la esfera doméstica y han ocupado un lugar en la esfera del trabajo, pero los hombres aun no participan de lleno en tareas domésticas.

La pregunta inicial del estudio de Wainerman (2000) es indagar si las mujeres cumplen con una doble jornada (revolución estancada) o si se están formando nuevas



familias. La revolución estancada se refiere a la inserción de las mujeres en el campo laboral sin descuidar sus tareas de reproducción. Lo que concluye esta autora es que las familias de dobles ingresos se han alejado de los arreglos tradicionales, sin embargo no presentan una mayor igualdad. De esto señala que las familias de dobles ingresos atraviesan un periodo transicional, en la que las mujeres han ocupado lugares masculinos, mientras que los hombres sólo están accediendo a los cuidados de los hijos y no tanto a los espacios domésticos.

En el caso de nuestros entrevistados, la figura del hombre proveedor sigue presente, como proveedor, pero no en su papel autoritario. El aporte de las mujeres a los gastos del hogar les ha brindado mayor autonomía pero también participación en la toma de decisiones en cuanto la distribución del dinero. Además se generan espacios para negociar:

El día que nos dimos cuenta que estábamos teniendo muchas broncas por el poder que te da el tener mayor ingreso, entonces, poder decidir en que lo gastas y en que no, nos tenemos que sentar. Somos una familia, aunque el recurso se va donde mismo, el poder de decisión de yo tengo poder, nos sentamos igual y tanto gastamos al mes. (Mujer E, Entrevista, 2014).

Para el hombre, ceder algunos gastos ha liberado al varón de su condición como proveedor que le ha permitido también cierto grado de autonomía. Como él relata, “ahorita que ya tenemos los dos ingresos, que ella está ganando mejor que yo... ahora que hay, así como que, bueno, no sobra, pero que puede darse uno ciertos lujos, pues me compré unos tenis” (Hombre E, Entrevista, 2014). Ser el proveedor único no permitía acceder a tomar decisiones con el dinero que no fueran para responsabilizarse de su familia. Retomando el concepto de empoderamiento, se concluye que al compartir el rol de proveedor, ceder su posición de figura única, le ha permitido a los hombres poder *para*. En lugar de ver la aportación de la mujer como un elemento de crisis de la masculinidad o pérdida de poder, este varón ha adquirido mayor poder.

### 2.3 Consideraciones finales

Este capítulo presenta un panorama de las condiciones y situaciones a las que los hombres de este estudio se enfrentan. El objetivo principal ha sido señalar las tendencias socioculturales que reflejan la contradicción y transición de la masculinidad en México. Estas permiten hacer

punto entre lo abstracto de la teoría sobre la masculinidad como constructo social y las condiciones y situaciones de las parejas discutidas en el capítulo siguiente.

En primer lugar, considerando la importancia de las mujeres en la negociación de la masculinidad, se han presentado las cifras con respecto a la incorporación masiva de mujeres al campo laboral y profesional. Esto no quiere decir que la inserción de mujeres al campo laboral garantiza o deriva en una transformación de la masculinidad, simplemente refleja un escenario que pone en cuestión el mandato del hombre como trabajador y proveedor único del hogar, siendo esta una de las situaciones a la que se enfrentan muchos hombres a nivel nacional. Es una contradicción notable en la masculinidad que hasta llega a ocasionar una crisis.

A través de estudios sobre hombres en México se aborda las diferentes formas que se construye la masculinidad no solamente como algo relacional sino también situacional. Es decir, no solamente se construye con relación a las mujeres sino que esta es resignificada según las diferentes situaciones. Un escenario que resulta importante señalar son las relaciones conyugales. Sin embargo, los estudios sobre hombres en México, por un lado, se han enfocado en sectores populares, y por otro, atienden la masculinidad en términos macro, abordando la masculinidad en todos los ámbitos en la que se encuentra. A partir de lo anterior es que se determina la conyugalidad como escenario particular para estudiar la masculinidad, exclusivamente la fase adulta del hombre en plenitud.

Sin embargo, las relaciones y arreglos conyugales también atraviesan un periodo de transición, particularmente los arreglos que reflejan de manera concreta tendencias sociales y globales como la postergación de la unión conyugal. Además, entre los que sí se unen están los que se emparejan sin casarse y los que se casan en un periodo posterior. La importancia de estas situaciones descansa en que los hombres se están enfrentando a situaciones que le permiten establecer relaciones democráticas donde el ingreso de mujeres en el campo laboral y profesional empata con los intereses de los individuos al momento de establecer relaciones de pareja.

Estas son precisamente las transformaciones de relaciones conyugales que interesa abordar en el siguiente capítulo. Una configuración de prácticas masculinas no en términos generales, sino dentro de una relación particular con mujeres profesionistas. Estas parejas son particulares ya que cuentan con los recursos sociales y económicos para contestar los mandatos de la masculinidad.

### **CAPÍTULO III.**

## **CONDICIONES Y SITUACIONES CONYUGALES QUE ESTÁN DEFINIENDO LA MASCULINIDAD**

*Me haría sentir más mal que no cuidar a  
los morros o no atender lo que pueda.*

-Hombre E.

A nivel meso, las estructuras sociales presentan condiciones idóneas para cuestionar la masculinidad en los tres niveles de análisis que ofrece Connell y Messerschmidt (2005): local, regional y global. Lo que interesa para esta tesis es abordar cómo estos contextos se reflejan en la vida de las parejas entrevistadas. Este capítulo llega al nivel micro de las prácticas de la masculinidad en el locus de negociación cotidiana: la conyugalidad.

Aquí se analiza la historia de la pareja cómo espacio de transición de la masculinidad. Las condiciones y situaciones de las parejas entrevistadas permiten profundizar en cómo los hombres están asimilando y negociando según las circunstancias que se presentan a lo largo de la biografía de la pareja. Se observa que en la historia de la relación existen periodos y sucesos que muestran la transición de una configuración de prácticas a otras. Estas configuraciones son determinadas por ajustes y negociaciones entre los cónyuges de manera cotidiana. Desde el inicio de la relación se establece una organización doméstico hogareña según los referentes y expectativas sobre la vida en pareja. Después de algún periodo de ajustes y acomodados laborales, esta organización se ve modificada, particularmente con reducción en el salario del hombre o la incorporación de tiempo completo de las mujeres en el trabajo. Esto en su parte obliga a las mujeres aportar a los gastos del hogar y al mismo tiempo a los hombres participar en tareas domésticas.

Sin embargo, las representaciones del hombre siguen presentes ya que ni las mujeres participan en los gastos considerados fijos, ni los hombres en labores atribuidas al trabajo de reproducción (Carrasquer et al, 1998) en su totalidad. No obstante los arreglos se modifican hasta llegar un punto de estabilidad en la organización y distribución “equitativa”, que aquí se le llama equidad contingente. Al no ser un consenso voluntario, sino un consenso impuesto por las circunstancias de la pareja, permite explorar una contradicción de la

masculinidad entre los mandatos y las prácticas. Además, así como ciertas situaciones los llevaron a esta organización, siempre cabe la posibilidad de nuevas modificaciones. En otras palabras, la configuración de prácticas masculinas se está disputando constantemente.

### 3.1 El inicio de la conyugalidad

Se distinguen dos periodos en la historia de la pareja que resultan útiles para el análisis. El primero es el pre-conyugal, caracterizado por el cortejo y el establecimiento de una relación sentimental que deriva en el segundo periodo, la conyugalidad. En este apartado se abordan estos periodos con relación al proceso de transición de una configuración de masculinidad a otra entre las parejas entrevistadas.

Mientras que dos parejas se apegan al modelo tradicional del inicio de la vida conyugal a través del matrimonio, las otras primero se emparejan (Giddens, 2000) y luego se casan. En la primera parte de este capítulo analizamos estas dos etapas de la conyugalidad según los cinco casos estudiados. En la segunda sección se abordan las situaciones que llevan a modificar la organización inicial donde se propone que las prácticas masculinas se ven afectadas.

Las circunstancias de la relación han obligado a las parejas acordar nuevas distribuciones de tareas debido a las vidas pluridimensionales que los cónyuges llevan. Aquí se propone una definición a esta organización contingente que aparece como algo reflexionado y consensado en las parejas.

#### 3.1.1 Entre el cortejo y noviazgo está el primer beso

Lo que caracteriza el inicio de la relación son las experiencias de romanticismo, sensualidad y sexualidad. Los hombres son los que conquistan, pero aparentemente no se dan cuenta. Es decir, aun cuando las experiencias de los varones como operarios del cortejo en el inicio de la relación son disimiles, para los hombres las cosas simplemente *se fueron dando*.

Estas experiencias se viven y significan de manera diferente entre hombre y mujeres. La experiencia del noviazgo para la mujer A, por ejemplo, fue la siguiente: “Tú sabes, el noviazgo, aquí todo [mostrando la palma de su mano]. Todo nos consienten, no te voy a decir

que ahorita no, pero obviamente que en esa etapa todo es más bonito, puro apapacho, y consentirte y halagos y todo eso. Súper bien la relación” (Mujer A, Entrevista, 2014). Mientras que para el varón, este dice que “se fue dando. Al principio pues platica, va subiendo de tono la misma convivencia, ya lo agarramos como rutina. Yo llegaba de mi trabajo, mi cigarrito, salía ella, platicábamos, y la plática sólo se va dando, va subiendo de tono, subiendo (Hombre A, Entrevista, 2014). De igual manera, el hombre B señala el inicio de su noviazgo como un evento “que sí, se fue dando. Pero cuando empezamos, que ya nos besamos y todo, pues ya empezamos” (Hombre B, Entrevista, 2014). Para él, el beso es un acontecimiento importante en la formalización del noviazgo donde los vínculos emocionales se refuerzan con la interacción física.

El caso de la pareja C es un ejemplo claro de las expectativas que se tiene sobre el hombre que toma el primera avance en la consolidación de una relación. La primera cita y encuentro de la pareja culminó en un beso a la hora de la despedida. El relato del hombre con respecto a la cita y los comentarios que luego ella le hace lo reflejan:

Terminamos la cita, pero terminamos la cita con un beso. Porque fue ya en la noche, ya que se iba a subir al carro de su hermana. Y le digo, -¿puedes venir un ratito?- Y, praz (sic) que la planto el besote. [...] Ya después me dijo -yo no veía que dieras el paso. Yo veía como que tú no... estabas muy taimado. Como que no, no veía claro. Yo dije, ya, bye, este cuate no se anima. Medio *coward*. Vámonos” (Hombre C, Entrevista, 2014).

De no ser por el atrevimiento, en oposición a ser un cobarde, la relación habría tenido otro desenlace ya que se espera que el hombre tome la iniciativa. Pero esto no es totalmente responsabilidad del hombre, es algo que ella esperaba del hombre. Es decir, tanto las mujeres como los hombres en las parejas entrevistadas esperan ciertas actitudes y comportamientos durante el cortejo.

Algo similar ocurre en el primer encuentro que da pauta para el inicio de la relación de la pareja E cuando se conocieron en una fiesta. Después de haber platicado algunos momentos la mujer E recuerda que “empezó a oscurecer, empezó a hacer un chingo de frio y le digo dame un rait (sic) y casualmente vivimos por el mismo rumbo... y me dice, -¿te puedo buscar?-. -Sí-. La verdad que yo lo dudé. [...] Va y me busca, y seguimos la fiesta, ya medio tarde, seguimos la fiesta (Mujer E, Entrevista, 2014). Después de dejar a su novia de

ese momento, regresa a casa de su ahora esposa y pasan la noche juntos. En todo caso, es el varón el que pide buscarla de nuevo.

El periodo previo a la vida conyugal se caracteriza por la consolidación de los vínculos emocionales que descansan en el romanticismo y los “pequeños detalles”. Como recuerda la mujer B, que aunque su esposo no es “detallista”, sí fue “dulce, porque él es una persona con un trato muy amable. No es así híper meloso ni caballeresco, porque creo que ni a mí me hubiera gustado que fuera así, pero al final del día, quizá como artista, me sorprendería con detalles que para mí eran dulces o eran bonitos sin que a lo mejor otra gente los pensara” (Mujer B, Entrevista, 2012).

El noviazgo, como periodo pre-conyugal sienta las bases para una vida en pareja. Destaca la importancia del papel que juegan las mujeres en la construcción de la masculinidad, siendo el noviazgo un elemento central en la relaciones de catexis, ya que las expectativas por parte de las mujeres se centran en hombres valientes, románticos y detallistas.

Pero, ¿qué pasa cuando la relación se concreta e inicia la vida conyugal? Sucede que cuando llegan las responsabilidades conyugales, estas cobran mayor importancia para algunos de los hombres entrevistados que los vínculos emocionales. El caso que se apega al modelo dominante lo refleja el caso de la pareja A, ya que el hombre A, de ser el romántico ahora adopta su papel como hombre proveedor, responsable del hogar. Ante esta situación la mujer A recuerda lo siguiente:

Antes de casarnos me dijo, -Yo quiero que sepas que mi trabajo es muy difícil y trabajo una semana de tarde, una semana de noche y una semana de día y cuando trabaje de noche vas a dormir sola y cuando trabaje de tarde vas a estar sola toda la tarde- Yo le dije, -no hay problema, lo acepto, está bien, ni modo- y así fue” (Mujer A, Entrevista, 2014).

El inicio de la vida conyugal implica una transformación en la vida de la pareja ya que se hacen más evidentes las relaciones de producción y de poder en la significación de prácticas cotidianas entre cónyuges. Esto no significa que no existan en el periodo pre-conyugal, sino que se hacen más evidentes cuando inician las responsabilidades en conjunto.

### 3.1.2 La conyugalidad como proceso

En primer lugar es menester recapitular la historia de las parejas hasta el momento que inicia la conyugalidad con el propósito de contextualizar los arreglos en la organización doméstico hogareña ya que no estos no son homogéneos.

En dos de los cinco casos entrevistados la conyugalidad inicia hasta que se consume el matrimonio (Parejas A y B), en otros dos se da de manera espontánea y sin casarse (Parejas C y D) y en la otra, la vida en pareja es intermitente, hasta el nacimiento de la niña (Pareja E). Es importante destacar esto ya que las dimensiones en la estructura de género cobran matices diferentes según el inicio de la conyugalidad.

Para señalar cómo esto afecta los arreglos domésticos retomamos la historia de la pareja C y el proceso de iniciar la conyugalidad de manera espontánea. El hombre C recuerda lo siguiente:

Llegamos a vivir juntos inmediatamente, lo que fue súper raro [...] Nos conocíamos más de pensamientos pero no habíamos convivido. Cuando llegó [...] sí lo quería [...] estaba muy enamorada así que no me costó trabajo vivir con él. Yo estaba viviendo sola -Pues quédate conmigo- sin pensar nada. Yo nunca había pensado tener novio ni casarme (Hombre C, Entrevista, 2014).

El inicio de la conyugalidad fue espontánea y sin arreglos previos. Los primeros meses se caracterizaron por una fuerte tensión en el proceso de establecer un marco normativo común y de negociación de las tipificaciones que cada cónyuge aporta a la vida en pareja como señala Lindón (2000). Para él, el reto fue vivir fuera de la casa de sus padres y de la independencia de tener un sueldo exclusivamente para sus actividades, mientras que para ella, su mayor preocupación son los vínculos emocionales ausentes al inicio de la relación, donde prevalece el silencio del hombre. Sobre este mismo periodo ella recuerda:

No entendíamos como era vivir juntos, no sabíamos hacerlo. Pasábamos horas sin hablarnos o pasábamos mucho tiempo enojados. Yo lloraba mucho sin sentido. [...] A mí me daban muchas ganas de decirle -si no estás feliz aquí, regrésate- [...] Yo no sentía que me quisiera mucho, la verdad. [...] Era más bien que él no hablaba. Se enojaba por algo y no hablaba. Es



como una tensión en que las cosas están normales pero no puedes preguntar por qué. Se crea un clima tensionante (sic). (Mujer C, Entrevista, 2014).

Cuando se le preguntó cómo se organizaron para vivir juntos, él responde:

Fue como muy espontaneo. O sea, llegamos, llegué, ella me dijo, -Bueno, aquí vivo. Aquí podemos dejar tus cosas- Yo dije, -OK. Aquí estamos juntos-. [...] Y los primeros tres, cuatro meses, digo, no te puedo decir que todos los cuatro meses fue así [...] Fue muy pesado porque yo no sabía qué hacer. Era muy pesado porque yo siempre fui muy individual. O sea, yo tenía mis cosas, ya en los últimos años en casa de mis papás yo me compraba mis cosas. Sobre todo cosas personales: mi ropa, mis...el cine, o si quería ir a tomar el café con una chava la invitaba y con un compa pues iba con él. Y acá [...] era como ya somos dos. Y yo así como, -pues ¿qué significa eso de ser dos?-(Hombre C, Entrevista, 2014).

Es a partir de este relato que se hacen evidente la conexión de las dimensiones de la estructura de género en la conyugalidad. Se destaca la importancia del hombre en su capacidad de disponer sobre su dinero, mientras que para ella la comunicación y los vínculos emocionales fueron el pilar de la relación.

El caso de la pareja E, por otro lado, presenta procesos y dinámicas de mayor complejidad ya que los periodos de conyugalidad han sido fluctuantes e inconstantes. Es decir, mientras que para las primeras cuatro parejas, una vez iniciada la conyugalidad esta ha sido continua, para la pareja E ha sido intermitente.

Durante los primeros meses como cónyuges él aún consideraba la residencia de sus padres como propia. Ella recuerda: “yo renté un depa (sic) muy chiquito...era un lugar muy pequeño, una casa, una recamara [...] Él estaba en casa de sus papás pero ahí estaba conmigo” (Mujer E, Entrevista, 2014). Durante otros periodos estuvieron viviendo en casa de la mamá de ella o en un departamento rentado por periodos cortos. Las mudanzas de casa y de ciudad al inicio también jugaron un papel importante en la relación. Este periodo lo describen como una gran fiesta hasta que llegan las responsabilidades, particularmente el primer hijo.

Es a partir del nacimiento de su hija que la conyugalidad ha persistido:

Cuando definitivamente nos ponemos a vivir aquí en Tijuana [...] fue que entonces empezamos a conocernos y a poder establecer y sobrellevar la dinámica de la relación, porque hasta ese momento nuestra relación había sido por momentos muy cortos de tiempo. Cuando nos conocimos, y luego que yo me voy, bueno los dos, me iba, él me alcanzaba, él se iba, yo me quedaba, luego venía, pero hasta que llegamos a Tijuana fue, -a ver, bueno, pues ya, ¿no?-. (Mujer E, Entrevista, 2014).

La conyugalidad es considerada como proceso que a lo largo de la historia las negociaciones y distribuciones se transforman según las distintas condiciones y situaciones por las que atraviesa la pareja. Mientras que el inicio de la vida conyugal para algunas parejas fue confuso, para otras fue fácil, particularmente aquellas que iniciaron la vida conyugal después de un periodo de noviazgo formal seguido por el matrimonio.

Cabe destacar que en estos arreglos iniciales de la conyugalidad permanece la figura del hombre proveedor:

-Yo no digo, es así porque yo soy el hombre de la casa, sino yo le dije vente para acá y le tengo que responder, yo la voy a mantener porque yo le dije que se viniera, pero no sé cómo te podría explicar” (Hombre, A, Entrevista, 2014).

-Cuando [ella] tenía ingresos eran para ella. Como que toda la responsabilidad, los primeros años, la responsabilidad económica fue toda mía” (Hombre B, Entrevista, 2014).

-Eso de tener más ahorrado a mí me permitía decirle tu ahorra, tu guarda tu dinero, tú no gastes en eso, yo pago la renta y tú me echas la mano con el súper o con los taxis. Pero era algo, nunca lo hablamos así tal cual así, tú esto, sino que iba surgiendo. Pero yo sí decía, mentalmente, yo sí decía yo voy a sobrellevar los gastos más fuertes” (Hombre C, Entrevista, 2014).

-Yo creo que todo lo que fue su licenciatura sí, yo tuve más la responsabilidad, no como jefe, porque la toma de decisiones sí es diferente, pero en términos de dinero sí (Hombre D, Entrevista, 2014).

Al caracterizar el inicio de la conyugalidad por la figura del hombre como proveedor permite ahondar sobre los procesos que llevaron a la transición hacia arreglos alternativos, donde la mujer contribuye a los gastos del hogar. Y a la inversa, la participación de los varones en tareas reproductivas también se genera, en algunos casos, a partir de las contingencias y negociaciones conyugales.

### 3.2 Contingencia y negociación

La organización doméstico hogareña de las parejas entrevistadas no ha sido estática a lo largo de la historia de la pareja, al contrario ha sido modificada según las circunstancias del momento. Las situaciones o condiciones que han permitido estos arreglos se consideran contingencias. En primer lugar, no son arreglos que hayan buscado sino que fueron dadas por contextos ajenos a la pareja. Es a partir de estas contingencias que se modifican o se transita de una organización doméstico-hogareña a otra por medio de la negociación. Entre estas encontramos la distribución de tareas reproductivas así como la aportación económica.

La distribución de los gastos ilustra lo que aquí se presenta como contingencia y negociación. Con la excepción del hombre A, que es proveedor único, en todos los casos, el hombre inicia como proveedor. Empero cuando el hombre D tuvo un recorte en sus ingresos le pidió su esposa que participara en la aportación a los gastos, principalmente por las exigencias en el estilo de vida que estos llevaban. Esto se aprecia en la selección y la calidad de la carne que se compra en el mercado, ya que el hombre compraba la carne más barata que estaba dentro de su presupuesto. Al hacerlo este recibía reclamos por parte de su esposa. Fue entonces cuando le dijo, “- ya te toca entrarle de otra manera-. Primero sí fue conflictivo, pero como que -sí verdad-. Ella fue muy solidaria. Entonces ella cubrió muchos gastos y eso nos dio mucha tranquilidad a los tres” (Hombre D, Entrevista, 2014). Actualmente esto llegó a convertirse en una negociación de los gastos: “Tenemos un presupuesto y nada más, entonces dijo, -No, yo me voy a hacer cargo de estos gastos, y entonces ella lo empezó a administrar [...] todo lo que tenía que ver con el mandado, la comida y ese tipo de cosas. Yo pagaba la renta, yo pagaba las tarjetas, yo pagaba la escuela del niño” (Hombre D, Entrevista, 2014).

A la pareja E sucede algo similar. Coincide el ingreso de ella a un trabajo estable y el inicio del doctorado de él, entonces tuvieron que redistribuir las actividades. “El semestre pasado [ella] empezó a trabajar y fue así como, “¿sabes qué? toma, te toca” porque pues en otros momentos, ella se ha aventado el jale de la casa” (Hombre E, Entrevista, 2014). Él disminuye la cantidad de horas que trabaja y con el sueldo de ella, que es mayor al de él, se han organizado de la siguiente manera en cuestión de gastos:

Nos sentamos y tanto gastamos al mes, esto son nuestros gastos corrientes, aguas luz, gas, teléfono, el mandado semanal, el mandado del Sam's, el karate, la gimnasia, ¿cuánto? Tanto. Si el monto total son 4 pesos, tú vas a pagar dos pesos, y yo dos pesos. ¿Qué de esto que gastamos quieres pagar? Y lo sumamos, por ejemplo él paga la renta, el teléfono, el agua y la gasolina. Yo compro el mandado y pago el karate” (Mujer E, Entrevista, 2014).

Para estos hombres pagar la renta sigue siendo responsabilidad y parte de la figura del proveedor. Igual destaca el papel de las mujeres en mantener este mandato ya que cuando el hombre E tenía dificultad para cubrir los gastos ella le reclama. “Ahora por ejemplo que me desajusté, que ya no ganaba lo que me entraba por mis horas... y me quedé debiendo un mes de renta, entonces el reclamo, -Ey, no estás cumpliendo tus responsabilidades- (Hombre E, Entrevista, 2014).

Para las otras dos parejas, la negociación y distribución de los gastos también se da de manera equitativa, aunque con negociaciones distintas:

-Para tratar de ser parejos de que gastemos más o menos en proporción al ingreso, más a que poner los dos lo mismo, pongamos los dos lo que podemos poner y al final del día también me gusta invitarlo a comer de repente o él me invita a comer a mi” (Mujer B, Entrevista, 2014).

En cuestión de pagos en la renta siempre hemos sido *fifty-fifty*” (Hombre C, Entrevista, 2014).

Si bien las parejas tienen su propia historia, el hecho de compartir los gastos de manera equitativa nos permite reflexionar en torno a las dimensiones de la estructura de género a partir de la negociación conyugal. En primer lugar encontramos cómo se trastocan las relaciones de poder al compartir los gastos. Luego cómo las relaciones de producción, en el espacio doméstico, se ven reflejadas con la participación de hombres en tareas reproductivas. Por último, vemos como estos cambios han transformado los vínculos emocionales.

### 3.2.1 La disputa por los gastos fijos y el poder que otorga el dinero

Una situación que ha modificado la organización doméstico-hogareña ha sido la incapacidad del hombre para cumplir con el rol de proveedor. Esto se debe, por un lado, al trabajo que

realiza como profesionalista ya que los salarios varían según la cantidad de horas que trabajen y otra con el crecimiento de la familia con el nacimiento de los hijos. Además, el dinero se asocia con la figura del proveedor y esta con la autoridad que brinda ser el sustento del hogar. Esto lo resume la mujer E cuando habla sobre el poder que otorga el dinero.

Esta onda de lo económico es bien importante en las relaciones. Quien mete varo tiene el poder, según yo. Y quien mete más, tiene más poder. [...] De todos modos el recurso, todo lo que él gana, todo de las dos partes va donde mismo. Pero tener la capacidad de disponer en que se invierte, ahí está la sutileza del asunto” (Mujer E, Entrevista, 2014).

La figura del proveedor, tiene el control y toma decisiones en qué y cuándo se gasta el dinero. Retomando nuevamente el ejemplo de la pareja A cuyo varón es el proveedor único, este toma las decisiones de lo que se hace con el dinero, esa es responsabilidad como proveedor.

Esta incapacidad de tomar la decisión en cuanto a los gastos, o la administración de los recursos ha sido causa de conflictos entre la pareja D. Particularmente cuando el hombre no cumplía con las expectativas de ser el que provee. “Lo conflictivo era, por ejemplo, como yo tenía que preocuparme por la administración de las cosas, yo le decía esto no lo podemos comprar, entonces si yo digo esto no lo podemos comprar se oye muy autoritario, muy paternalista y muy machista y decía, -¿por qué no?- [...] hasta que ella empezó a asumir esos costos empezó a ver de manera diferente. Primero sí, al principio sí gastaba lo que quería” (Hombre D, Entrevista, 2014).

En primera instancia parece que al compartir el rol de proveedor el hombre pierde poder o autoridad. La imposibilidad de cumplir como proveedor es eje central en la discusión de la crisis de la masculinidad. Sin embargo, para estos hombres, compartir el rol de proveedor les ha permitido tener un poco de espacio para cubrir otras necesidades tan sencillas como comprar un par de tenis. En lugar de reflejar una crisis, ha sido una liberación de la carga que es ser proveedor.

Al incorporarse la mujer E en los gastos del hogar ha permitido que el varón también pueda disponer de un recurso para sí mismo, en el sentido de Jo Rowlands (2001). “Pues mira, ahora que hay, así como que, bueno, no sobra, pero que puede darse uno ciertos lujos,

pues me compré unos tenis” (Hombre E, Entrevista, 2014). Cuando todo su ingreso se invertía en el hogar, el hombre no podía disponer de dinero para sus necesidades o gustos personales. El hombre se vuelve víctima de su propio lugar de poder al asumir el rol de proveedor único. “Entonces, sí era un gran alivio que se encargara del [mandado] porque también implicaba que yo ya tenía un margen que ya podía yo manejar [...] para mí [...] como comprarme libros, irme a un café” (Hombre D, Entrevista, 2014).

Para las parejas entrevistadas compartir el rol del proveedor, entendido como sustento económico, ha dejado de ser un elemento exclusivo de los varones. La práctica de asumirse como proveedor único se resignifica ya que tanto los hombres y las mujeres, en términos de calidad de vida, han mejorado. El varón dispone de un poco de dinero para sus actividades personales mientras que las mujeres participan en la toma de decisiones en cuanto las inversiones que se realizan. Por otro lado, y con respecto a la participación de los varones en el trabajo reproductivo, las dinámicas y procesos de negociación son menos claras ya que los varones siguen siendo ayuda en el hogar.

### 3.2.2 No todas las tareas de reproducción son tareas de hombres

Si bien los gastos se distribuyen de manera equitativa, los hombres apenas participan en las tareas de infraestructura y de cuidado. A diferencia de los acuerdos con el dinero, estos arreglos se dan de manera explícita o forzada. Por ejemplo, las parejas B y E en algún momento contrataron a una persona que se hiciera cargo de la limpieza de la casa y estos hacían lo posible por mantener la casa lo más limpio posible.

Por otro lado, la mujer C dice “yo tengo más responsabilidad que él, [...] de alguna manera tengo que supervisar que las cosas estén ordenadas. Él no es desordenado pero deja cosas así, como niño, como la pasta abierta, o el traste sucio o no bien lavado y ya lo pone como si estuviera lavado o podría comer de la lata de atún, cosas que hacen los hombres, o comen sin mantel, entonces a correr a ponerle el mantel” (Mujer C, Entrevista, 2014). Esto no es causa de conflicto en la pareja. Durante una plática informal comentaba, por ejemplo, que cuando su esposo trabajaba y ella se quedaba en casa, cocinaba y tenía comida lista para cuando él llegara. Sin embargo, cuando su esposo se quedaba en casa salían a comer a algún restaurante.

En cambio el hombre sostiene que la distribución, en cuanto las tareas de infraestructura son del día. Al respecto, él dice “no tenemos responsabilidades, ella unas y yo otras de cuestión de hogar en cuestión de mantener la casa. No decimos yo hago el quehacer tú haces la comida. Creo que más bien depende mucho de la circunstancia del día” (Hombre C, Entrevista, 2014).

La mujer D tomó una medida drástica para lograr la participación del hombre en las actividades del hogar. Ella dejó de lavar los trastes “hasta que los platos se mosquearan. Así si el bato quisiera tomar agua y no pudiera, entonces a grito pelado de, no es que como es posible yo trabajo, tengo muchas cosa que hacer y aparte hay que lavar los trastes, tu no haces nada” (Mujer D, Entrevista, 2014). Ahora el hombre D lava los trastes, “siempre” (Hombre D, Entrevista, 2014).

Cuando se les pregunta a la pareja B cómo fue que llegaron a estos acuerdos, concuerdan en que las circunstancias lo han favorecido. Particularmente en cosas que no hay acuerdos como la cocina donde “cada cual se prepara su propio desayuno porque desayunamos cosas diferentes” (Hombre B, Entrevista, 2014). Para la pareja B “las cuestiones del hogar, por lo menos en lo cotidiano, lo siento como muy, hasta cierto punto, muy del día. Muy de decisión del día” (Hombre B, Entrevista, 2014).

Esto demuestra que la incorporación de estas mujeres al campo laboral ha hecho más para involucrarlas en los gastos del hogar que a sus parejas en las tareas de reproducción. Aunque sí hay participación de los hombres en las tareas, estas siguen siendo ayuda que brindan los hombres, similar a los hallazgos de Wainerman (2007) en cuanto a la revolución estancada<sup>2</sup> en Argentina donde las condiciones estructurales que han permitido el ingreso de las mujeres al trabajo remunerado y profesional. En seguida se analiza cómo la aportación económica de las mujeres transforma la masculinidad.

En cuanto la participación de los hombres en tareas de reproducción se repite un patrón de organización en tres de las parejas: los hombres lavan los trastes, trapean, sacan la

---

2 El concepto de revolución estancada fue desarrollado por Hochschild (1989) a partir del estudio de familias de doble ingresos donde la mujer cumple con una doble jornada de trabajo mientras que los hombres “did not share the load at home. Some refused outright. Others refused more passively” (Hoschild y Machung, 2012, 7).

basura, prenden el boiler, cargan el garrafón, cocinan, cuidan a los hijos, pero no lavan la ropa. No significa que las tareas mencionadas sean asignadas a los hombres, sino que éstas son actividades que los varones están dispuestos a realizar. Por lo regular, como mencionan los entrevistados, esto se da de manera circunstancial: “somos a veces flojos pero bueno llegas a casa muerto, los dos, y lo que quieres es sentarte a comer algo, relajarte un poco, conversar” (Hombre B, Entrevista, 2014). “De repente sí, a alguno de los dos le gana la flojera y la casa está echa un caos, alguno de los dos recoge pero pues no tenemos una casa brillante, así pulcra, pero sí tratamos de tener una casa organizada y limpia” (Hombre D, Entrevista, 2014).

El trabajo como prioridad pesa mucho sobre la distribución de las tareas de la casa. Es decir, como ambos tienen el trabajo como prioridad, las tareas de la casa son secundarias. Para la pareja D, la realización de las tareas dependen mucho de la energía y el tiempo que ambos tienen (Hombre D, Entrevista, 2014).

El caso del lavado de la ropa es bastante interesante pero tiene su explicación:

El rollo de la ropa “que ésta lleva suavitel”. Yo no sabía, por ejemplo, que se separaban y todo ese rollo. “No, ¿cómo vas a lavar ésta? Y pues la ropa es algo que se pueda acumular para el fin de semana. Pero desde que me acuerdo yo me aviento el jale de los traste en la casa. Así haya tenido la carga de horas que haya tenido, aunque sí, el tiempo que yo chambeaba, desatendía el trapeado, el cuidado. El tiempo que el morro estaba chico tuvimos alguien que nos echó la mano [...] Que subir los galones de agua, cambiar el gas, prender el boiler, ciertas cosas sí que son muy de hombres, por así decirlo. Y no es que ella no los pueda hacer, pero así como que naturalmente uno los hace. (Hombre E, Entrevista, 2014).

Hay dos cosas, las mujeres tienen preferencias por la separación de la ropa, incluso por el jabón que se utiliza, cosa que a los hombres entrevistados no les preocupa. Pero más allá de los gustos por cómo se lavan la ropa, esta tarea puede acumular para el fin de semana, para cuando la mujer tenga tiempo de hacerlo, por lo menos así lo relatan. No sucede lo mismo con los trastes, por ejemplo, que tienen que ser lavados día con día. Los hombres realizan esta actividad como algo práctico, necesario, e inmediato. Por eso se propone que esta organización lleva un elemento contingente.



Además, se muestra un posicionamiento sobre las tareas que son de hombres, los trabajos que requieren fuerza física. Sacar la basura o prender el calentador de agua también son responsabilidades del hombre B. Cuando se le preguntó a la mujer B si había tareas o actividades que eran exclusivamente de su marido respondió:

La basura. La verdad, porque yo no puedo el bote. Es una cosa, sí lo he hecho, cuando me he quedado sola, que él no está, lo hago yo. Igual he ido por garrafrones y los cargo y todo, o sea tengo mis mañás, lo puedo hacer, pues porque lo puedo hacer, pero por practicidad... la basura a veces si está muy lleno el bote sí demoro mucho en sacarlo porque tenemos un patio largo entonces como que me lo voy así como arrastrando porque sí, me es pesado para mí (Mujer B, Entrevista, 2014).

Nuevamente destaca la importancia de las mujeres en la negociación y asignación de tareas como tareas de hombres. En general, de acuerdo con la características de los trabajos de reproducción que señalan Carrasquer et al (1998), los hombres entrevistados participan en los tres tipos de tareas reproductivas: de infraestructura (trapear, limpiar, lavar); de cuidado (hijos e hijas) (Ver Capítulo 4) y; de organización (administración de ingresos). Salvo en las negociaciones explícitas, la participación de los hombres es consideradas como un apoyo al trabajo que le corresponde a sus parejas. Asimismo, hay una aceptación de las mujeres por tener el poder sobre áreas que sienten que pueden hacerlo mejor, como lo dice la mujer B cuando se preguntamos si hubo algún acuerdo para que ella lavara la ropa, ella responde: “Quizá porque como no me gusta cómo lo hace él, lo hago yo” (Mujer B, Entrevista, 2014).

### 3.3 Equidad contingente

En estos casos fueron las circunstancias del momento que dieron como resultado una organización doméstico-hogareña que satisface las necesidades de la pareja, a esta organización se le denomina equidad contingente. Equitativa en el sentido de distribución de tareas consensadas, aun cuando se reproducen roles de género. Lo contingente aparece como algo circunstancial que obligó a los cónyuges a modificar su organización porque no fue algo que necesariamente alguno estuviera buscando, sino que fue resultado de una situación que lo impulsó. El pilar de esta equidad está en la significación o resignificación que se la otorgan a las prácticas de hombres y mujeres.

Se aclara que no sólo se satisfacen las necesidades de la pareja por medio de un evento circunstancial sino que el proceso de negociación y consenso son la base de la equidad contingente. Es decir, mientras que para algunos hombres no poder ser el proveedor lo lleva a una “crisis”, a la violencia o separación, estos hombres pudieron hacer la transición de una configuración de prácticas a otras sin mayor obstaculización, incorporando elementos de la estructura de sentido de la cotidianidad pluridimensional (Ver Capítulo 4).

La equidad contingente explica cómo las situaciones presentadas en el Capítulo II modifican las prácticas cotidianas de hombre y mujeres en el proceso de redefinición de la masculinidad desde las tres dimensiones de la estructura de género. Ahora se ahonda en cómo estos consensos en las relaciones resignifican las prácticas, haciendo evidente las contradicciones en las expectativas y la realidad cotidiana de los entrevistados.

### 3.3.1 Consenso circunstancial

Si bien, la revolución estancada logra explicar cómo las mujeres han adquirido una jornada doble de trabajo, esto excluye el elemento subjetivo en la importancia que el trabajo representa para algunas mujeres. En el caso de las mujeres entrevistadas el trabajo juega un papel fundamental en su vida cotidiana, es una dimensión que se valora. Los testimonios de las mujeres los reflejan.

Yo dije, es que me siento medio inútil porque no estoy trabajando y yo estoy acostumbrada a trabajar” (Mujer B, Entrevista, 2014).

A mí me ayuda mucho el trabajar, me ayuda mucho el salir, el relacionarme, el estar con compañeras, a estar en mi casa metida, lavando, limpiando. Eso nunca se va a terminar. Y desde que entré otra vez a trabajar todo ha cambiado. Me enoja menos, como que veo las cosas de otra manera (Mujer A, Entrevista, 2014).

La importancia descansa en que estas dimensiones les han permitido abrir espacios de participación para los varones, particularmente la dimensión reproductiva. Es decir, ambos se encuentran en condiciones en las que el trabajo productivo es valorado en su hacer cotidiano.

Por eso, cuando ambos llegan de trabajar lo último que quieren hacer es hacer el trabajo reproductivo. “El tiempo y la energía. Siempre es como esos dos problemas muy

grandes. O sea, sí es algo que buscamos constantemente pero también está muy determinado por, ahora así que pinche capitalismo, imagina tienes que tener tres trabajos” (Hombre D, Entrevista, 2014).

El tiempo que ambos dedican al hogar también influye en quien realiza ciertas actividades. Resalta el caso del hombre E que está a cargo del cuidado de los hijos y de las tareas del hogar podría decirse de tiempo completo. Su actual trabajo le permite negociar entre esas tres dimensiones. Y los que no están en su casa su organización es totalmente circunstancial “el que esté en la casa” (Hombre D, Entrevista, 2014). Así deciden quién se hace cargo de los quehaceres del hogar. Se entiende que sus horarios de trabajos son diversos y no coinciden con un horario de oficina. “Sí tratamos de limpiar, de que este más o menos ordenado, el cuarto del niño, pero siempre es complicado porque como trabajamos bastante siempre andamos con un *hándicap*, sí está pesadito” (Hombre D, Entrevista, 2014).

El consenso en cuanto a los gastos empieza como algo establecido, el hombre proveedor. El ceder el rol de proveedor único no es tan significativo para estos varones que participar en las tareas del hogar, ya que han sido ellos quienes han buscado llegar a un acuerdo en la distribución de los gastos. Es diferente en las tareas de reproducción. En uno de los cas

Finalmente, lo que permite el concepto de equidad contingente es una flexibilidad en torno a la organización domestico-hogareña. Es decir, así como han llegado a este consenso, no se descartan posibles cambios, particularmente cuando se está deseando la llegada de un hijo o hija, buscando avanzar en su carrera profesional o cambiar de trabajo. Estas circunstancias dan pauta a transformaciones en las configuraciones de prácticas cotidianas.

Lo anterior se refleja en lo comentado por el hombre C y D sobre los cambios que se han venido generándose a partir de las circunstancias en la historia de la pareja:

Las decisiones, el tomar una decisión se va a sustentar en mi madurez y su madurez y nuestro crecimiento espiritual, no tanto en que yo esté en casa haciendo los labores del hogar y ella esté trabajando. Por eso trasciende. Por eso, pues si hoy te toca trabajar a ti y a mi estar en la casa, tal vez pasado mañana sea al revés y va a ser lo mismo (Hombre C, Entrevista, 2014).

Aunque fue un año laboral y económicamente malo para mí, mi familia estuvo bien entonces, pues también podíamos tomarnos libertades porque también los dos trabajábamos. También este, como el liderazgo, todo esto que es ser jefe de familia lo vamos cambiando. El año pasado lo tuvo ella (Hombre D, Entrevista, 2014).

La conyugalidad es fundamental para ubicar la transición tanto como la contradicción de la masculinidad.

### 3.4 Consideraciones finales

Este capítulo ubica tres momentos de la relación conyugal que dan indicios de una transición de una configuración de prácticas a otras. Primero al compartir el rol de proveedor con sus parejas. Sin embargo, la cuestión contingente pesa más que el interés por los hombres en dejar de ser el proveedor único. No es hasta que los hombres llegan a circunstancias que les limita su capacidad de ser proveedor único que estos solicitan la incorporación de las mujeres en los gastos. Es decir, sólo es cuando los hombres no tienen lo suficiente para mantener las expectativas de la calidad de vida que la pareja lleva que este pide a su pareja participe en los gastos. Además, los gastos que se le atribuyen a la mujer siguen siendo los gastos que no son fijos, e indispensables para ser el proveedor. Es decir, los hombres siguen preocupándose por la renta y los servicios. El ingreso de las mujeres es utilizado para actividades extracurriculares. Por esta razón, hablamos de una transición por la que atraviesan los hombres, no exactamente una transformación bien definida.

Segundo, los hombres participan en tareas de reproducción. Esta participación de la misma manera no es tanto por iniciativa de los varones sino a partir de la exigencia de algunas de sus parejas. La importancia que las mujeres dan a su trabajo y su tiempo exige que los hombres participen en tareas del hogar, aunque no en todas. Su participación se limita a tareas que son de carácter necesario y urgente, además de las que son tareas de hombres. Lo indispensable para no obstaculizar las actividades cotidianas. Esto es notorio por ejemplo en la diferencia que se hace con respecto a lavar trastes y lavar ropa. La primera es cuestión de higiene y de necesidad, mientras que el segundo puede esperar para el fin de semana.

Por último la participación de los hombres en el cuidado y atención de los hijos. Los hombres dan importancia a la manera en que sus hijos e hijas son formados. Esto se aborda

con mayor detalle en el siguiente capítulo, ya que no todos los hombres han procreado. En cuanto a la negociación conyugal para el cuidado de los hijos tiene mucho que ver con las profesiones de los entrevistados ya que sus horarios laborales pueden variar, lo que les permite organizarse para distribuir las actividades de cuidado de los hijos.

La masculinidad en la conyugalidad se presenta a partir de negociaciones circunstanciales. Es decir, no hay una relación directa entre ser profesionalista y una transición de la masculinidad, sino que las situaciones que se han presentado que los motiva a modificar sus prácticas. Llega un punto de consenso circunstancial, una equidad contingente, que explica cómo prevalecen ciertas prácticas y se modifican otras. Falta profundizar sobre cómo estas prácticas son resignificadas por los hombres. En el capítulo siguiente trata sobre la resignificación de prácticas considerando dos bloques de análisis: los que tienen hijos y los que no. Los temas centrales en la transición de la masculinidad son la paternidad y la participación en tareas de reproducción. En consecuencia, la equidad contingente funge como puente entre las tendencias sociales en contradicción y la transición de la masculinidad.

## CAPÍTULO IV. INDICIOS DE LA TRANSICION MASCULINA

*Los niños se llevan toda la atención. Son una esponja y  
no se los reclamo, a ellos no les reclamo, ni a mi  
esposa, pero requieren mucha atención*

-Hombre E

Las negociaciones conyugales han jugado un papel central en la transición de la masculinidad y cómo los varones han resignificado las prácticas que realizan. El lugar de las mujeres en la construcción de la masculinidad sin duda es fundamental para comprender cómo estos varones se posicionan frente a una masculinidad hegemónica. Aunado a esto los hombres también han reflexionado sobre su lugar como hombres, por lo menos en sus relatos que se analizan.

El objetivo de este capítulo es presentar cómo los hombres entrevistados resignifican sus prácticas a partir de las negociaciones conyugales. Estos se dividen por un tema principal que caracteriza la fase de la masculinidad por la que atraviesan: la paternidad. Para dos de los varones ser padre es una opción a futuro ya que no se han presentado las condiciones idóneas para tener hijos. En cambio para los otros, ser padre ha implicado responsabilizarse por trabajos reproductivos (de cuidado), transitando de una vida con estructuras de sentido de cotidianidad unidimensional hacia una pluridimensional (Migueles, et al, 1998). Es en estos donde el peso de la conyugalidad se refleja como eje de la transición de la masculinidad.

En la primera sección se presentan los referentes masculinos a partir de los cuales estos hombres han construido su idea de la masculinidad. En todos los casos el padre figura como referente a seguir. A través de los relatos de los hombres se distingue que la mayoría de sus padres ya mostraban indicios de una participación mínima en actividades del hogar. Además, en todos los casos de los varones sus madres trabajaban.

En la segunda sección se aborda cómo los hombres con hijos han resignificado sus prácticas, priorizando el bienestar de sus hijos. En un primer nivel está el hombre que sigue el modelo hegemónico que tiene poca participación en la crianza de sus hijos. Este caso sirve

de referente para identificar las prácticas de los otros dos que se muestran más activos en el cuidado de los hijos. Para estos últimos ser padre implica una participación activa en la crianza y seguridad de los hijos.

En la última sección se discuten cómo los hombres que no tiene hijos, en primer lugar se posicionan frente al ser padre y luego sus prioridades frente a su masculinidad como el trabajo y la pareja. Para estos, más que una transición, se muestra una contradicción entre lo que se espera de ellos por parte de sus esposas dentro del ámbito conyugal y las negociación que tienen que realizar para encontrar tiempo para atender a sus parejas, ya que para estos las prioridades siguen siendo el trabajo y su profesión. Empero, son las mismas prioridades de sus parejas, que suele ser origen de tensiones en la relación.

#### 4.1 Referente inmediato

Cuando hablamos de transición y contradicción de la masculinidad es necesario establecer un punto de referencia al que atribuimos dichos cambios. Desde una aproximación abstracta y estructural se puede analizar a partir de la masculinidad hegemónica. A nivel empírico se puede examinar cómo estos hombres se ven frente a sus referentes masculinos directos, sus padres. Aquí se construyen los referentes de la masculinidad que los entrevistados tuvieron y luego cómo estos se ven frente a una representación abstracta de masculinidad.

En todos los casos, los padres de los varones fue el referente de masculinidad. Para algunos sus padres participaron en las tareas del hogar mientras que para otros sus padres fueron exclusivamente el proveedor. Tal es el caso del hombre A que al preguntarle sobre sus referentes comenta: “Mi papá sí es de la idea de que mamá en casa. La señora en casa con los niños. Mi mamá es profesionista, era taquimecanógrafa, ella trabajaba y se casó y lo primero que hizo mi papá fue, -olvídate-. Y fue el proveedor de la casa. Esa es mi imagen” (Hombre, A, Entrevista, 2014). El hombre A, entre los varones entrevistados, figura como el más apegado al modelo hegemónico masculino. Este no participa en absoluto en las tareas del hogar ni en el cuidado de los hijos. Empero, algo que él dice que lo distingue es que él sí deja que su esposa trabaje si ella lo desea. Es decir, no se opone a que su esposa tenga una vida pluridimensional, mientras cumpla con las actividades como ama de casa.

En los otros cuatro casos, el referente de la masculinidad ya presentaba elementos que argumentamos reflejan una transición frente el modelo de la masculinidad hegemónica. A continuación se presentan sus relatos:

-En mi casa mis papás siempre se repartieron las tareas del hogar con todo y que mis abuelos sí eran a la antigua, de que mi abuela era ama de casa, yo los veía a los dos participando del aseo del hogar” (Hombre B, Entrevista, 2014)

-Mi mamá trabajaba en la mañana y mi papá estudiaba en la mañana y trabajaba en la tarde, te hablo de cuando yo era como adolescente, entonces yo comía con mi papá, porque mi mamá trabajaba. Entonces mi papá se hacía cargo del quehacer en la mañana, hacer de comer, comíamos él y yo juntos” (Hombre C, Entrevista, 2014).

-Mis papás siempre trabajaron, yo trabajaba, mi hermana también trabajaba entonces cada quien se hacía de comer. Y sí había momento que en que sí, mi mamá nos hacía de comer, o mi hermana hacía las cosas pero yo también (Hombre D, Entrevista, 2014).

-Mi jefe salía temprano de la chamba y él nos hacía de comer. Llegaba mi jefa y se desaparecía hasta ya más noche lo volvía a ver. Pero esa era la dinámica, salir a la una de la escuela, hacer la comida con él y ayudarlo (Hombre E, Entrevista, 2014)

En todos los casos los padres muestran cierta tendencia a la participación en las tareas de reproducción. Destaca sobre todo que la mamá de los cuatro hombres trabajaba. La participación de los varones en el hogar era resultado de esta condición. Sin embargo como señala el hombre C, “tuvimos buenos papás, pero también papás que a lo mejor le podemos criticar” (Entrevista, 2014). En particular se refiere a la participación del cuidado de los hijos.

Si bien, no se reflejan transformaciones en cuanto la participación de los hombres con relación a sus padres, nos interesa ver cómo estos hombres se diferencian de sus pares, de otros hombres que tienen parejas profesionistas. El ejemplo más claro es la pareja A donde el hombre no participa en tareas reproductivas y su vida se centra en el trabajo. También entre otro amigos cercanos a las parejas que son referentes cercanos de la masculinidad. El esquema de los amigos es muy similar, casi todos están separados o divorciados. “Ella era profesionistas y dejó de trabajar pero pues, ya se están divorciando, entonces sí, completamente diferente, porque era él el que tomaba las decisiones y le había dejado el



cuidado de los hijos a ella, pero pues ya están tronando” (Hombre B, Entrevista, 2014). Unos amigos del hombre A, al casarse la mujer dejó de trabajar: “se casaron, tuvieron el primer hijo, tuvo a los hijos en la casa, [ella] renuncia” (Hombre A, Entrevista, 2014).

Lo que lo que el hombre C distingue de su padre es la forma en que este participa en la crianza de los niños. “Uno quiere que tenga lo que uno tuvo y más en términos materiales y en términos personales darle una buena dirección, ser papá con ellos, que tengo experiencias, que tenga estímulos, cuestiones por el estilo” (Hombre D, Entrevista, 2014). Por esta razón hemos indagado sobre la participación de los hombres como padres.

#### 4.2 Priorizando a los hijos

De los cinco hombres entrevistados tres tienen hijos: A, D, y E. A continuación se presenta cómo estos hombres viven la paternidad y lo que para ellos significa ser padres. En el primero de los casos está el hombre A ya que su participación en el cuidado es casi nula, salvo cuando su esposa no puede estar a cargo de los hijos.

El hombre A tiene una hija de dos años y un hijo de siete. Cuando se le preguntó a la mujer A sobre la participación que su esposo tenía en el cuidado de los hijos ella relata que:

El tiempo que está, sí les dedica, de repente al parque, juega con ellos, pero de que digas que los baña, no. Se bañaba con ellos cuando estaban más chiquitos, o sea se metía a bañar él y metía el niño. Era así como, bueno ya es ganancia pero ahorita que están más grandes, pues no. Que les dé de cenar, pues rara vez, rara vez. Sí lo ha hecho, pero que no que sea papá que digas los viernes papá prepara la cena, no. O los viernes papá, no. Convive con ellos, juega con ellos pero hasta ahí. O sea, si el chiquito se hace popo, -ay no, límpialo, báñalo, pero aléjalo-. Al principio con el primero sí, llegó a cambiar el pañal, por ser el primero yo creo, por ser el primero yo creo, ahora sí por hacer el papel de papá, pero pues ya con la niña pues no, es niña, ya no. Entonces llevarlos a la escuela cuando él está, pues sí, de repente llevarlos a la escuela, recogerlos pero ni juntas porque él no tiene tiempo. Te digo, por el mismo trabajo que tiene, coincide que las juntas de los niños son cuando él está en la mañana. Festivales de los niños pues llega corriendo, así como que apúrate porque ya va a empezar el festival. Te digo, es muy difícil su trabajo, y a lo mejor también por eso pasa eso y no nos ayuda” (Mujer A, Entrevista, 2014).

De la misma manera el hombre A comenta, “trato de jugar pero, no sé, llego muy cansado, espero que me den mis 15-20 minutos después de comer, llego y como. Trato de descansar 15-20 minutos. Si me los dan, me pongo a jugar con ellos. Si no pues como sale uno cansado y los niños y hasta de malas te llegas a poner” (Hombre A, Entrevista, 2014). Este es un modelo ejemplar del hombre con una estructura de sentido de la cotidianidad unidimensional donde el trabajo productivo es la única prioridad. Si el trabajo le permite ser padre, ya sea por el cansancio o por el horario conflictivo, este participa. En el mismo sentido que Salguero (2007) define la paradoja del trabajo.

No obstante, el ocio si tiene importancia y encuentra espacio para sí mismo y este lo aprovecha para “unas cervecitas, camaroncitos, ostión, escuchar música” (Hombre A, Entrevista, 2014). Las actividades que realiza están apegadas al modelo hegemónico de la masculinidad. Empero hay un elemento que él logra distinguir que lo diferencia de su padre: “yo si dejo, si ella quiere trabajar, pues, que trabaje. Si no quiere trabajar pues la apoyo, si quiere volver a trabajar pues órale, si no encuentra órale, aquí, a llorar” (Hombre A, Entrevista, 2014). Desde una postura autoritaria, deja que su esposa trabaje si ella quiere, a diferencia de su padre que sacó a su esposa del trabajo.

A partir de este referente del modelo del varón que no participa en el cuidado de los hijos se argumenta que estos hombres atraviesan un periodo de transición de la masculinidad con relación con otros hombres donde la participación en el cuidado de los hijos tiene la misma importancia que el trabajo. Los casos de los hombres D y E reflejan esta transición ya que su involucramiento con sus hijos ha sido continua.

#### *4.2.1 Se aprende a cambiar pañales cambiando pañales*

La paternidad para los varones D y E es algo que se vive de manera cotidiana. Incluso la condición para el horario de la entrevista del hombre D fue que el niño estuviera en horario de guardería ya que ese tiempo era con el que disponía para sí mismo. Para el caso del hombre E, aún más significativo, ya que la entrevista se realizó en un parque mientras cuidada sus hijos y ellos disfrutaban de los columpios y montaban el sube y baja. La entrevista se vio interrumpida en repetidas ocasiones por atender las necesidades de sus hijos.

El cuidado de los hijos constituye parte central de sus tiempos, más porque sus esposas trabajan.

El hombre D tiene un hijo de cinco años que desde que nació estuvo al pendiente de su cuidado. Esto se debe en gran medida a las exigencias de su esposa ya que desde que nació ambos estaban trabajando obligándolos a negociar un horario para compartir el cuidado del hijo. Sobre cómo fue la participación de su esposo en el cuidado del hijo ella comenta que así como él no sabía cambiar pañales, ella tampoco, “se aprende a cambiar pañales cambiando pañales” (Mujer D, Entrevista, 2014). Desde entonces los cuidados del hijo se han distribuido según los tiempos que ambos tienen libres.

Cuando se le preguntó al hombre D lo que implica ser padre responde:

Con un niño, pues te tienes que preocupar por resolver sus necesidades y aparte resolverlas bien porque no fue un accidente sino algo planeado. Uno quiere que tenga lo que uno tuvo y más en términos materiales y en términos personales darle una buena dirección, ser papá con ellos, que tengo experiencias, que tenga estímulos [...] estar con él, llevarlo a lugares, darle calidad de tu persona, darle tiempo de tu persona, enseñarle cosas, darle cariño, contacto físico, emocional, todo ese tipo de cuestiones” (Hombre D, Entrevista, 2014).

La atención que se les da a los hijos es una de las grandes prioridades que este hombre tiene como parte de su vida, “Pues si tú no tienes para comer no importa, y ni siquiera te sientes mal ni te preocupa, porque es como ah. Pero con un niño, pues te tienes que preocupar por resolver sus necesidades y aparte resolverlas bien porque no fue un accidente sino algo planeado” (Hombre D, Entrevista, 2014). Destaca la disposición que este tiene por ser participe en el cuidado de los hijos, empatando su trabajo con el cuidado del hijo, ya que en ocasiones este lo acompaña a trabajar y lo cuida en el trabajo. La importancia que es pasar tiempo con su hijo se asemeja al valor que el hombre E, le da atender a sus hijos.

#### 4.2.2 *Las nenas mueven otras fibras: le nena es la nena*

El hombre E tiene tres hijos, un niño de dos y otro de siete años y una niña de cinco años. Debido a su horario este dispone del suficiente tiempo para estar al cuidado de sus hijos de

tiempo completo. Él los lleva a la escuela, les da de comer, les limpia cuando van al baño, los lleva al parque, los pone a cocinar y a limpiar y, además, les ayuda con las tareas. Es un padre activo, presente en el cuidado de sus hijos. Esto también se debe a que su esposa cuenta con un trabajo de horario completo.

Sin embargo, a diferencia del hombre D que tenía claro desde que nació su hijo lo que quería ser como padre, el hombre E, toma un papel más activo al nacer su hija, dos años después de tener su primer hijo. Esto se debe en gran parte a la situación por la que atravesaban a nivel personal, profesional y sentimental.

Cuando nace la niña, desde la posición de la mujer E, su esposo cambia. Al respecto ella dice: “No se me olvida su rostro cuando la conocí. O sea, las nenas mueven otras fibras en los varones, yo lo he visto con ellos. Y durante mucho tiempo, cuando nos venimos, que nació ella, era, te tocan los pañales, entonces era ella y papá, yo no existía” (Mujer E, Entrevista, 2014). A partir del nacimiento de su hija es que decide reunirse con su pareja ya que estar con sus hijos era su prioridad. “La nena nació en diciembre. Entonces hasta el otro año ya me los pude traer para acá. Y ha sido desde ese momento que hemos estado juntos sin separarnos más allá de las vacaciones [...] yo no quería que se me fueran porque es así como que pues con todos: me la paso más a gusto con los morros ahorita que estoy con ellos toda la mañana” (Hombre E, Entrevista, 2014).

Aun entre padres e hijos las relaciones de género están presentes, pues el trato que se establece entre padre e hijo es disímil al que tiene con su hija. En primer lugar es cuidarla. “No le pegues cabrón, trátala como mujer, con delicadez, con cariñitos, mi amor, papi, papi” (Hombre E, Entrevista, 2014). Luego son los vínculos emocionales, como pudo darse cuenta su esposa, “entre ellos hay una relación muy fuerte. Una relación, un vínculo que yo no conozco y que yo tengo que estar aprendiendo” (Mujer E, Entrevista, 2014). El desconocimiento de la mujer sobre la relación entre padre e hija se lo atribuye a que ella creció sólo con su madre.

Además, hay un trato diferenciado según el sexo de los hijos. Sobre si trata diferente a los niños que a las niñas responde:

Sí. Aunque el rollo de levantar cosas y ahora me ayudas y esto sí lo trato de mantener parejo, las nenas son las nenas y los nenes son los nenes. La nena va a la gimnasia, el niño va a karate. La nena hay que procurarle su toalla de la Hello Kitty, el niño anda clavado con los Angry Birds. [...] Soy duro con el morro. Y con la nena pues soy dulce. Y eso es algo que no lo hago de ahora sí, conscientemente, caigo en cuenta que lo estoy haciendo pero me sale naturalmente” (Hombre E, Entrevista, 2014).

Como el entrevistado menciona, este sigue reproduciendo con sus hijos los estereotipos del niño fuerte y la niña frágil.

Sobre un día cotidiano él hombre relata:

No me alcanza el tiempo, no terminé de fichar, no puedo escribir en la mañana. No puedo escribir en la mañana, tengo que escribir en la noche. Además es un hábito que he hecho desde mucho tiempo y ya en la noche ya no rindo. Y entonces sí es así como que ciertas veces a la semana hay que aplicarse un desvele a escribir, aunque pueda leer y pueda fichar en la mañana, entonces no sé cómo le voy a empezar para darme esos tiempos porque el niño ahí está. Lo puedo conectar, enchufar a la televisión un par de horas pero pues es así que no tengo la concentración total. Es, -¡Papá!, popó, límpiame la cola. ¡Agua! ¡Papá!, otra tostada- y eso sí me hace sentir mal de que digo, chingao (sic) te estoy desatendiendo, te estoy entreteniendo con una botanilla (Hombre E, Entrevista, 2014).

Su participación en el cuidado de los hijos refleja un cambio, por lo menos en las prácticas en las que este incurre al cuidar de sus hijos. Atender a su hijo lo siente como una responsabilidad, al grado que al no hacerlo se siente culpable. Una transición de la masculinidad no es una transformación absoluta, es decir, no todas las prácticas son modificadas.

#### *4.2.3 Dos caguamas dentro un refrigerador sin leche*

Mientras que para el varón A su prioridad es el trabajo y ser proveedor, para los varones D y E, sus prioridades se distribuyen entre su profesión y el cuidado de sus hijo. Esto se llega a través de los relatos sobre la distribución del tiempo que estos hace sobre otras actividades.

Resulta de mayor importancia el relato que hace el hombre E sobre la ocasión cuando en su refrigerador no había leche:

Lo puedo conectar, enchufar a la televisión un par de horas pero pues es así que no tengo la concentración total. Es, “Papá, popó. Límpiame la cola. Agua. Papá, otra tostada” y eso sí me hace sentir mal de que digo, chingado te estoy desatendiendo, te estoy entreteniendo con una botanilla. Afortunadamente no son papitas o golosinas nada más, sino que, eso es algo que comparto con mi mujer, tener fruta para los morros, ya no pa´ uno. Tener leche. Hubo un momento muy cabrón en que no tenía leche y tenía dos caguamas en el refri. Es un parteaguas en mi vida guey, cabrón, al grado de que ya evito las caguamas. Y no fue que yo haya preferido tener mis caguamas y que no me falten, pero se dio. Hubo un momento en que no había leche y había dos caguamas en el refri. Chingue a su madre, cabrón” (Hombre E, Entrevista, 2014).

Actualmente acude a sesiones de AA, reflejando la prioridad que tiene sus hijos sobre sus gustos. Al estar de padre de tiempo completo él responde: “la atención que le estoy dando a los morros no se las va a dar nadie, ni la niñera ni nadie, al menos que tuviéramos familiares aquí que pudieran hacerse cargo” (Hombre E, Entrevista, 2014). El ser padre lo ha involucrado en tareas de atención como en tareas de infraestructura. Él se hace cargo de la limpieza de la casa: “Ahorita yo me aviento el jale de los trastes y lo inmediato de ir levantando el desmadre que no se acaba con tres morros, imagínate. Siempre hay que estar levantado y recogiendo cosas (Hombre E, Entrevista, 2014).

Ser padre para estos dos hombres es una dimensión más del ser hombre. Por un lado cuidarlos y por el otro darle atención de calidad. Es una constante negociación entre el trabajo y el cuidado de los hijos, vidas estructuradas con sentido pluridimensional.

#### 4.2.4 Paternidad como proyecto futuro

Para los dos hombres que no tienen hijos ser padre se presenta como deseo a futuro. Estos aún no se encuentran en la fase de la hombría en plenitud de acuerdo con el esquema de Olavarría (2001) porque no han procreado. La prioridad a lo largo de la relación ha sido el trabajo y la vida conyugal. En esta sección se distinguen los hombres que no tienen hijos, donde el proyecto personal tiene prioridad. Estos hombres tienen claro que la paternidad debe

presentarse en un momento de estabilidad profesional y económica. Cuando se les pregunta sobre la posibilidad de tener hijos estos responden:

-Como que siempre la postura fue tratar de estar en una situación económica estable y una perspectiva laboral favorable, [...] no estamos mal ahorita pero ella está viendo el doctorado, todavía estamos en un momento de crecimiento, no tenemos una casa propia. O sea, no tenemos la situación ideal, pero bueno también como pareja es un buen momento para bebé (Hombre B, Entrevista, 2014).

-Me gustaría tener varios hijos [...] Ahorita nuestra situación no está tan bien económicamente, porque también hay que pensar eso, económicamente ambos lo tenemos súper claro, ahorita, y por el trabajo, por escuela y eso, ahorita no pensamos en eso” (Hombre C, Entrevista, 2014).

Los argumentos se centran en las posibilidades económicas y sociales, empero de fondo está la idea de procrear. “A mí me gustaría tres. A ella... bueno nunca me ha dicho cuantos, pero ella tiene dos hermanos entonces está acostumbrada y sabe lo que es tener dos hermanos. Yo como sólo tengo una hermana y es ocho años mayor que yo, convivimos muy poco, por lo tanto me gustaría tener varios hijos (Hombre D, Entrevista, 2014). Por el contrario la pareja B, en el periodo de la entrevista ya habían discutido y pensado la posibilidad de tener hijos pronto. En ambas parejas el papel de la mujer es de suma importancia ya que ellas participan en la toma de decisiones sobre su embarazo:

Pero si veo que no tengo tiempo para pasear al perro, ni para ir al cine, eso es lo que digo ahorita, pues por lo tanto digo, hígole, ¿el doctorado será el momento? Entonces el hijo también será el momento, se llevará bien con el doctorado, no sé, no sé. Y también él, también es debe pensar en dedicarle un tiempo al estar, porque es algo que tenemos, eso sí lo hemos hablado mucho, jugando y no, que es tener presencia con los hijos, estar los dos y que son de los dos y cuidarlos los dos, pero pues eso también falta mucho, y hasta que no llegue no vamos a saber. Pero sí hemos hablado de tener un hijo, es un proyecto que nos ilusiona mucho en este momento (Mujer B, Entrevista, 2014).

Se puede argumentar que la paternidad es importante para estos hombres, pero no nada más en el sentido de procrear y llegar a la fase del hombre en plenitud sino una paternidad involucrada con sus hijos, ejemplificado por los hombres D y E. La procreación es

importante como hombres, pero ser padres, “darle calidad de tu persona, darle tiempo de tu persona, enseñarle cosas, darle cariño, contacto físico, y emocional” (Hombre D, Entrevista, 2014).

#### 4.3 La intimidad

Mientras que para algunos hombres compartir el rol de proveedor es causa de crisis, para el hombre B, el hecho de que su esposa sea profesionistas fue una razón para establecer una relación con ella: “cuando yo me casé [...] yo sí tenía muy claro, yo no quiero casarme con una ama de casa” (Hombre B, Entrevista, 2014).

El trabajo para él es crucial en el desarrollo de cualquier persona, “se me hace triste que no tenga una motivación para hacer algo, un proyecto” (Hombre B, Entrevista, 2014). De esta manera, la mayoría de parejas entrevistadas presentan afinidades a la hora de establecer una relación. La pareja B por ejemplo se conocieron mientras ambos eran empleados de la misma escuela, la pareja C se conoció debido a los intereses por proyectos de índole social en los que participaban, y la pareja D se conoció mientras fungían como activistas políticos. En estos casos, los intereses juegan un papel fundamental como base de la relación. Los vínculos emocionales y eróticos también se van forjando a lo largo de la historia de la pareja.

Los vínculos emocionales también se fortalecen con el tiempo para algunas parejas. La historia de la pareja C lo ejemplifica. Ellos iniciaron su vida conyugal después de una relación a distancia y virtual. Sobre el tiempo que empezaron a vivir juntos él comenta:

Al principio fue complicado, fue difícil la relación. [...] O sea, como que para mí era muy nuevo y yo siempre había deseado tener una novia. Te puedo decir que ella fue mi primera novia. Novia, novia, fue mi primera novia. Nunca tuve una novia. Nunca tuve una relación de andar con alguien. [...] Entonces yo me portaba serio, algo que siempre había tenido yo sobre todo era no hablar con ella. Si ella me decía -¿Que tienes? Yo le decía, -nada, nada, nada, nada, nada, nada- y todo me lo callaba y eso llegó a desesperar, porque yo me enojaba, me portaba grosero, pero no tanto con ella, porque hubiera dicho algo. Sino grosero porque yo decía -yo no soy de aquí. Yo no tengo que estar aquí. ¿Qué hago aquí? Ya me quiero ir a mi casa.- Cuando pensaba en eso, de pronto decía, -estás con la chava que te gusta, es buena, es muy buena. No te puedes ir.- Entonces fue así



como los primero meses. A mitad de año te puedo decir que estuvo muy complicado. Ya después pues yo agarré la onda. Ambos nos empezamos a abrir un poco más. Fue cambiando poco a poco, No te puedo decir que puf, todavía era difícil. O sea, para mí siempre ha sido muy difícil abrirme, no sé si sea algo masculino pero el hecho de, ella llora. O sea, ella llora y así saca las cosas, yo no. O sea, yo soy de... me pongo serio, si algo me preocupa me pongo serio y ella, -¿Qué tienes?- Nada -¿Qué tienes?- Nada -¿Que tienes?- Nada (Hombre C, Entrevista, 2014).

El periodo de transición ella lo recuerda a partir de un viaje que realizaron que los unió: “yo siento que se tranquilizaron mucho las cosas entre los dos. Como que dejamos de gruñirnos como dos seres extraños y empezamos a querernos” (Mujer C, Entrevista, 2014). El funcionamiento de la relación dependió mucho de que el varón adoptara formas de comunicación más claras. Para esta pareja la religión juega un papel importante ya que fue el medio que permitió los espacios para una buena comunicación. Gran parte del tiempo del tiempo que pasan como pareja es dedicado a la vida religiosa.

El tiempo que las parejas le dedican a estar juntos depende mucho en la disponibilidad en sus horarios. El caso de la pareja A, donde el varón trabaja turnos mixtos, puede pasar dos semanas que los tiempos no coinciden para verse durante el día. La pareja B acomoda sus horarios de tal manera que puedan comer juntos y tener libres las noches para descansar o ver películas. Para las otras tres parejas, las horas que le dedican a sus parejas depende de las circunstancias del día y las actividades que tienen, que puede ser todo el día y se ven solamente en la noche.

#### 4.3.1 *No falta que yo vaya y pida*

En términos de masculinidad lo que distingue una relación de pareja frente a otro tipo de relación íntima es la actividad sexual. Esto no quiere decir que sea lo único, pero sí un elemento importante.

Al preguntarle a los hombres sobre quién toma la iniciativa con mayor frecuencia estos respondieron que ambos tomaban la iniciativa. Sus respuestas fueron:

Pues depende, depende de la situación como cualquier pareja. A veces yo llego cansado y ella trae otras ideas o a lo mejor yo traigo mis ideas y ella es la que me, o a veces los dos coincidimos. No sé, no te puedo decir yo soy el bueno de la película o ella es la heroína que viene (Hombre A, Entrevista, 2014).

Pues no tanto pero es muy variable. O sea, hay veces que pasa un mes y que no hay nada y hay otras veces que en la semana tres veces. Varía mucho. [...] Al principio de la relación yo tomaba mucho la iniciativa y a veces sentía que a ella la forzaba, entonces pues con el tiempo pues fui de alguna manera adaptándome o los dos nos fuimos adaptando y pues, no sé, es algo que siento yo que se da mutuamente de alguna manera. A veces es uno el que toma la iniciativa y a veces el otro” (Hombre B, Entrevista, 2014).

Ambos, ambos somos igual, pero te puedo decir que yo soy muy tímido, muy tímido [...] como que me da penita decir... me da pena como... qué tal si piensas de mi como que está...es medio pervertido. Es algo muy mío, porque ni al caso ella. Entonces, en muchas ocasiones ella toma la iniciativa. Muchas ocasiones, pero muchas también yo. No es que ella tenga que estarme presionando o como se dice, sacando con tirabuzón con la decisión. Ni yo a ella tampoco. Ambos nos respetamos mucho, respetamos nuestros tiempos, respetamos nuestras circunstancias y ni siquiera es necesario decirlo. Ni siquiera es necesario decir -hoy no quiero, hoy no puedo, hoy no tengo ganas- No es necesario. O sea, creo que ambos sabemos cuándo hay mucho trabajo, cuándo estamos cansados, cuándo estamos agüitados (sic), cuando la circunstancias, las expresiones verbales como físicas, es dame tiempo, dame tiempo” (Hombre C, Entrevista, 2014).

Es algo que buscamos constantemente pero también está muy determinado por, ahora así que pinche capitalismo, imagina tienes que tener tres trabajo. [...] Ella es más sexual que yo (Hombre D, Entrevista, 2014).

No falta que vaya y pida. No falta que vaya y pida. No siempre, el coqueteo siempre está. Mutuo. Y de repente sí un coqueteo sexoso (sic) (Hombre E, Entrevista, 2014).

Desde la masculinidad dominante el hombre es activo, el que busca, el que siempre tiene ganas, empero a partir de estos testimonios, las mujeres juegan un papel importante en la actividad sexual. El ejemplo más notorio es el hombre B que al inicio de la relación era más activo pero a lo largo de 10 años ha reducido su insistencia. Además, la energía, el tiempo, y los espacios. Más cuando hay niños presentes como lo atestigua el hombre E:

No falta que de repente se abra la puerta de la recamara y es la nena y dice no puedo dormir, papá. Si, cabrón, no tan activa como yo quisiera. [...] Yo pienso que sí tiene mucho que ver con los niños y sobre todo ya en la dinámica de chambas. De repente si traigo chamba atrasada pues a sacar la chamba en la noche. Y pues ya llegar y despertar y andar ajerando (sic), tampoco. Vas, llegas y caes (Hombre E, Entrevista, 2014).

Para enfocarnos en la sexualidad como elemento de la masculinidad en estas pareja, es importante el posicionamiento de la mujer frente su actividad sexual. Es decir, se olvida que no sólo los hombres tienen ganas de estar con su pareja. La mujer E por ejemplo también tiene la misma impresión sobre la vida sexual con su pareja, “no es con la frecuencia que debe ser. No es con la frecuencia que debe ser porque ya cuando llega estoy bien jodida, me tengo que levantar a las 5 am. Y quien sabe si el sábado, luego lo postergamos demasiado. Y la verdad en la noche le caen los morros” (Mujer E, Entrevista, 2014).

#### 4.3.2 La infidelidad: *un tema delicado*

El tema de las infidelidades los hombres lo ubican como “un tema delicado” (Hombre E, Entrevista, 2014; Hombre B, Entrevista, 2014) En primer lugar porque son temas extremadamente íntimos. No se divulgan ni mucho menos se quiere volver a recordar. A todos los entrevistados se les preguntó si había existido algún caso de infidelidad, y este sólo ocurrió en una pareja.

Los elementos de lealtad y confianza son centrales en las relaciones de catexis, por eso una infidelidad y los celos es causa de conflictos en las parejas. Cuando la mujer E se enteró de la infidelidad de su esposo ya tenían dos hijos, (niño y niña) y ya estaban casados. Ella recuerda su reacción:

Te vienes ahorita y vamos a hablar, o te me largas cabrón [tronando los dedos] pero en fa cabrón, no mames. Cuando nosotros empezamos a vivir juntos le dije, lo que quieras te puedo aguantar menos que me pongas el cuerno. Menos una infidelidad. La lealtad para mí es muy importante. [...] y como mujer estuve bien tentada a decir, me la haces, me la pagas. Y creo que ha sido la mejor decisión que pude haber tomado en se situación [...] porque yo no lo voy hacer. Si yo le pongo el cuerno, me voy a sentir peor porque primero no es algo que yo quiera hacer, segundo lo estoy haciendo para darle en madre, y tercera, me voy a dar en la madre yo. [...] Fue algo muy fuerte, pero ya pasó” (Mujer E; Entrevista, 2014).

El hombre, caracterizado por el silencio, no dijo mucho sobre el tema, salvo mencionar que “es un “tema muy delicado y es algo que sí como pareja vamos a tener que seguir trabajando [...] y más allá de lo que haya o no haya hecho, se generó desconfianza” (Hombre E, Entrevista, 2014).

Aun cuando la infidelidad se presenta en uno de los casos, todos muestran una postura de rechazo frente a esta práctica. Empero, vale la pena discutir la postura del hombre B que contradice la sexualidad controladora que caracteriza la masculinidad. Si bien es algo que no aprueba, el hombre B distingue entre una aventura y una infidelidad de carácter emocional. Él dice:

A mí no me preocuparía tanto si, por ejemplo, ella tuviera un encuentro casual con alguien alguna vez. Sí me preocuparía si tuviera una relación con otra persona. Digo, después de tanto tiempo de estar juntos yo siento que cualquiera en algún momento pudiera tener curiosidad o no sé. Digo, una o dos veces o en algún momento que sienta la necesidad pues no pasa nada. Un encuentro con alguien alguna vez no va a deshacer 10 años de relación” (Hombre B, Entrevista, 2014).

Se reitera lo dicho por los entrevistados sobre lo delicado que es hablar de la infidelidad, ya que esto puede resaltar su hombría así como restarle. El vínculo entre la masculinidad y la infidelidad es clara ya que las experiencias sexual con muchas mujeres es algo valorado entre los hombres mexicanos (Hernández, 2009). Es algo de lo que los hombres pueden alardear. Empero, cuando se trata de tener una pareja estable y una relación de intimidad seria, para el hombre C, la masculinidad se define alejada de la práctica de la infidelidad.

Para mí la masculinidad es el amar a mi esposa, el amarla incondicionalmente, el amarla con un amor sincero, con un amor que perdona, con un amor que no guarda rencor, con un amor que no es envidioso, que no es egoísta. Para mí ser... para mí la masculinidad es el evitar esta infidelidad (Hombre C, Entrevista, 2014).

Para él, la fidelidad como rasgo de la masculinidad se representa como un ideal de amor. Esto se debe en gran parte por la influencia de la religión. La figura de la masculinidad como constructo social, también es influenciada por las creencias religiosas. La biblia como guía espiritual se presenta en el caso del hombre C. Su construcción de la masculinidad y del ser hombre parte de sus vínculos con la religión.

#### 4.4 Consideraciones finales

La participación de los hombres en el cuidado de los hijos y el interés en buscar parejas que no sean amas de casa, cuestiona dimensiones centrales en la construcción de la masculinidad. Por un lado las relaciones de producción, donde las tareas del hogar y cuidado de los hijos no figuraban como prácticas de los hombres, y luego el establecimiento de vínculos emocionales con mujeres que tienen un proyecto de vida, que tienen mayor motivación que ser ama de casa.

La participación de sus padres en tareas del hogar fue importante. La diferencia es que los padres de los hombres entrevistados hacían las actividades cuando la madre no estaba presente. En cambio, cuidar y atender a sus hijos es una prioridad en el mismo sentido que es el trabajo. Los hombres se sienten con mayor responsabilidad en el hogar cuando hay niños presentes. Toman un rol activo en atender y ser más que proveedores del hogar: darle de comer, cambiar pañales, llevarlos al parque, a la escuela, y llevarlos al trabajo. En fin, ser parte constante de su formación.

El hombre encaja en el modelo pluridimensional que logra negociar entre la dimensión productiva y reproductiva. Es decir, su vida en pareja no se centra en su capacidad o posibilidad de ser proveedor. La paradoja del trabajo que mencionaba Salguero (2007) está siendo rebasada por estos hombres. El tiempo dedicado al ámbito reproductivo es negociado con el tiempo dedicado a su trabajo o formación profesional. Esto se debe también a la posición de sus esposas que han exigido que estos hombres se responsabilicen más allá de ser un proveedor, económico.

Para los hombres que no tienen hijos, sus responsabilidades del hogar siguen siendo limitadas, aunque presentes. Lo que se observa es un cambio en el establecimiento de vínculos afectivos. Las prioridades de los hombres que no tienen hijos son el trabajo junto a tener una relación fuerte con su pareja. No buscan una pareja que sea ama de casa, al contrario alguien que tenga un proyecto de vida, que tenga motivaciones personales.

En cuanto la sexualidad, los hombres no son tan dominantes como se cree, y esto tiene mucho que ver con la personalidad de los hombres. Algunos se sienten demasiados tímidos en cuanto a pedirle a sus mujeres y son sus mujeres quienes toman mayor iniciativa. Otros han modificado sus conductas al no querer figurar como el hombre demandante de sexo. De la misma manera, las circunstancias de la pareja llevan al hombre a negociar sus tiempos para encontrar espacio de encuentro sexual.

## CONCLUSIONES

Este es un estudio a nivel micro social que identifica la masculinidad en transición con respecto a la conyugalidad. Es decir, no es un análisis de la masculinidad que abarca una población general ni una identidad masculina como tal. Aprehende el concepto de la estructura de género para ubicarla en un sitio específico, en la interacción cotidiana entre parejas de profesionistas, enfocada a las prácticas y situaciones que llevaron a esa configuración. Aquí se presentan los resultados de mayor relevancia que esta tesis aporta. Además, se expresan las limitaciones de la misma y algunos caminos para seguir explorando el tema de la masculinidad.

Las relaciones de género, según la estructura que propone Connell (1987), han permitido explorar la construcción de la masculinidad, así como los procesos de transición, a partir de las condiciones y situaciones que se enfrentan hombres y mujeres en su vida cotidiana. La masculinidad en el contexto conyugal se configura según los tiempos que los cónyuges le dedican a sus actividades diarias. Esto se ve reflejado, sobre todo, en los hombres que tienen hijos y que logran coordinar el tiempo que le dedican al trabajo y el cuidado de los hijos, a veces hasta de manera simultánea. También la influencias de sus parejas que, al igual que ellos, valoran su trabajo y su profesión como parte significativa de su vida.

En primer lugar se atienden las relaciones de producción, entendidas como las relaciones sociales entre hombres y mujeres a partir de la división sexual del trabajo. Los principios básicos que las sustentan, como trabajos de hombres y mujeres o la división trabajo casa siguen presentes. La división entre hombres y mujeres según las profesiones ha permanecido durante los últimos 20 años. Las estadísticas muestran que las mujeres han logrado ser casi la mitad de la población de profesionistas, pero sus profesiones permanecen dentro del esquema de trabajos femeninos. Todas las mujeres en las cinco parejas entrevistadas forman parte de la población de mujeres en arte, ciencias sociales o humanas. Pasa lo contrario con los hombres entrevistados ya que son la minoría en sus respectivas profesiones a nivel nacional.

En la división trabajo, las parejas que no tienen hijos comparten los gastos según como van saliendo y no hay una definición de quien compra que, para ellos los gastos son de ambos. Por otro lado, las parejas que tienen hijos la división de los gastos es resultado de cuantificar un total y se distribuyen ciertos gastos con la finalidad de que cada uno aporte la misma cantidad. En los primeros hay una negociación en la otras es improvisado. Es decir, las parejas sin hijos ven el ingreso de ambos como parte de los mismos gastos, como si fueran uno. Las otras tienen una organización pragmática.

Los hombres entrevistados para este estudio han llegado a negociaciones conyugales junto a sus parejas con relación a las tareas de reproducción que contradicen el modelo hegemónico de la masculinidad. Sus prioridades han sido modificadas, particularmente con el nacimiento de los hijos e hijas. La transición a la que se refiere esta tesis involucra una modificación progresiva, que a lo largo de la historia de la pareja son las circunstancias que lo provocan. Empero, se hace notar una disposición por parte de estos a ser partícipes en la negociación y la realización de tareas del hogar.

Esto se presenta como una dirección en la transición de la masculinidad para estos hombres. En primer término la pluridimensionalidad de la vida cotidiana de los hombres que acceden a espacios domésticos y, segundo en las relaciones más democráticas, caracterizada por la comunicación y negociación de responsabilidades. La equidad contingente se facilita cuando hay disposición de los cónyuges por negociar. Lo que caracteriza la equidad es que ambas partes de la negociación estén satisfechas. Pero no es tan simple ni tan claro. Unas de las disposiciones más significativas son las experiencias de estos hombres y sus referentes que les permite resignificar el lavado de trastes, tender la cama, lavar ropa en la configuración de la masculinidad.

Al quebrantarse las relaciones de producción, las relaciones de poder también se ven afectadas. Esto no quiere decir que los hombres pierden poder en la toma de decisiones, sino que esto permite un nivel de negociación más equitativa. Al poder disponer de los recursos económicos y aportar con los gastos, las mujeres participan en las decisiones sobre en qué y cómo se gasta el dinero. Las condiciones de desempleo de los varones o el alto salario de las mujeres, en lugar de romper con la autoridad masculina, ha hecho que los hombres sean liberados de sus cargas de hombres proveedores y puedan apropiarse de otras actividades. El



empoderamiento, entendido como el poder *con, para y desde dentro* (Jo Rowlands, 2001), es un concepto que contradice los supuestos teóricos de una crisis de la masculinidad. Ahora que las parejas de estos hombres contribuyen a los gastos del hogar ha permitido un “aliviane”, un desahogo de las responsabilidades que la paradoja del trabajo estipula.

Finalmente, las relaciones de catexis, que requieren ir más allá de lo observable y lo práctico. Para los entrevistados los vínculos emocionales se construyen a lo largo de la biografía de las parejas y no se van negociando según las circunstancias. El salto del cortejo al punto de ya nos conocemos, ya sabemos cuándo uno tiene ganas y cuando no, es un gran recorrido. Mientras que una de las parejas define su noviazgo como una gran fiesta, ahora esperan las vacaciones escolares para que los hijos vayan a casa de la abuelita un par de meses y así darse tiempo como pareja. Otra pareja estuvo cerca de terminar la relación por la falta de comunicación y ahora están felizmente casados. Otros van al cine cuando pueden, tratan de acomodar sus horarios para comer juntos, se abstienen hasta por dos o tres semanas de tener relaciones, otros no se ven por dos semanas, pero han podido mantener la relación y se muestran felices de poder hacerlo.

Se encuentran dos elementos centrales que esta tesis deja abierta como posibles interrogantes en la construcción de la masculinidad: el cuidado de las hijas y la religión. El hombre que participa y se responsabiliza de manera significativa sobre el cuidado de su hija es un claro ejemplo ya que permite abordar la construcción del género a partir de su relación. Esto se considera algo de suma importancia en la reproducción configuraciones de prácticas de género. Por sobre todo cuando el hombre dice que “la nena es la nena” implica un trato diferenciado sobre sus hijos.

Uno de los hombres entrevistados fundamentaba su construcción de la masculinidad a partir del Cristianismo. Se sugiere un análisis sobre los discursos de la masculinidad con respecto a la religión, ya que se presenta como otra estructura que guía las prácticas. Sin duda que para los hombres cuya guía espiritual es la Biblia la masculinidad se vive de manera diferente que aquellos que la omiten, como la toma de decisiones. Aun cuando el hombre entrevistado argumentaba en favor de una organización equitativa, la toma de decisiones y la responsabilidad del hogar ante Dios es el hombre.

Hablar de hombres, como hombre, presenta dos retos intrínsecos a la masculinidad. El primero es distanciarse del silencio que nos caracteriza y romper con la nula disposición de hablar sobre nosotros mismos con respecto a temáticas que nos afectan, cuestionan y critican. El segundo es que la propia masculinidad no es algo que los hombres nos cuestionemos, por el contrario lo damos por hecho, aun cuando constantemente nos encontramos en la necesidad de demostrar nuestra hombría. En general, la mayor dificultad al realizar estas interpretaciones fue distinguir entre las vidas de estas parejas y las situaciones que vivo en la cotidianidad con mi pareja, mis pares, y mi hijo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Arango, Luz G, Magdalena León y Mara Viveros**, 1996, Estudios de género e identidad: desplazamientos teóricos, en Arango, Luz G, Magdalena León y Mara (Comp.) *Género e identidad: Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. Santa Fe Bogotá, Colombia, Editores unidos.
- Beck-Gersheim, Elisabeth**, 2003, *La reinención de la familia: en busca de nuevas formas de convivencia*. Paidós: Barcelona/Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre**, 2000, La dominación masculina. Ed. Anagrama.
- Capella R., Santiago**, 2007, ¿Sólo trabajadores/proveedores?. En Jiménez G. Lucero, Olivia Tena Guerrero (Coord.) *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. México, UNAM.
- Carrasquer Pilar, Teresa Torns, Elisabet Tejero y Alfonso Romero**, 1998, El trabajo reproductivo, en Papers 55, pp. 95-114. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Castells, Manuel**, 2004, *The power of identity*. Blackwell pub., Great Britain.
- Connell, R. W.**, 1987, Gender and power: society, the person and sexual politics. Stanford Press.
- 1997, La organización social de la masculinidad, en Valdés, Teresa y José Olavarría (Coords), *Masculinidad/es*. Isis Internacional, Chile.
- 2005, A really good husband. Work/life balance, gender equity, and social change. En *Australian Journal of Social Issues* Vol.40 No.3 Spring 2005.
- Connell, R. W., & Messerschmidt, J. W.**, 2005, Hegemonic masculinity: rethinking the concept. En *Gender and society*, 19(6), 829-859.
- Cruz S., Salvador**, 2007, Trabajo y subjetividad masculina. En Jiménez G. Lucero, Olivia Tena Guerrero (Coord.) *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. UNAM.
- Cruz T., Abigail y Mario Ortega Olivares**, 2007, Masculinidad en crisis. En Jiménez G. Lucero, Olivia Tena Guerrero (Coord.) *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. UNAM.
- De Barbieri, M. Teresita**, 1996, Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género, en Guzmán L y Pacheco G (Comp), *Estudios básicos de derechos humanos IV*. San José, Costa Rica, IDH

- De la Paz López, María y Vania Salles**, 2006, Los vaivenes de la conyugalidad, en Rosario Esteinou (Editora) *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos: Estados Unidos de América y México*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social: Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia. Pp.385-435.
- Giddens, Anthony**, 1992, *The transformation of intimacy, sexuality, love and eroticism in modern societies*. Stanford Press.
- 2000, *Un mundo desbocado, como está modificando la globalización nuestras vidas*. (Trad. Pedro Cifuentes). Madrid, Editorial Taurus.
- Gutmann, Matthew**, 2000, *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México: ni macho ni mandilón*. Colegio de México.
- 2002, Las mujeres y la negociación de la masculinidad. En *Nueva Antropología*, vol. XVIII, núm. 61, septiembre, 2002, Asociación Nueva Antropología A.C., México. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15906105>
- Gutmann, Matthew y Mara Viveros**, 2005, *Masculinities in Latin America* en Michael, Kimmel, Jeff Hearn y R. Connell (Eds.) *Handbook of studies of men and masculinities*. Sage.
- Hernández, Oscar M.**, 2009, *Descobijando a los hombres: masculinidades y relaciones de género en Cd. Victoria*. Universidad Autónoma de Tamaulipas, México.
- 2012, *Masculinidades en Tamaulipas. Una historia antropológica*. Universidad Autónoma de Tamaulipas. Tamaulipas, México.
- 2013, Los hombres “atenidos”. Masculinidad, proveeduría y disputas domésticas en Ciudad Victoria. En Hernández-Hernández y Vera (Coords.) *Trabajo y género en Tamaulipas*. E-book. Colegio de Tamaulipas. México.
- Hualde, Alfredo**, 2001, Trayectorias profesionales femeninas en mercados de trabajo masculinos: las ingenieras en la industria maquiladora, en *Revista mexicana de sociología*, no. 2. México, DF.
- Jiménez, Guzmán, María L. y María E. Figueroa D.**, 2013, Representaciones sociales de la masculinidad, En Flores, P., Fátima, (Coord.) *Representaciones sociales y contexto de investigación con perspectiva de género*. CRIM-UNAM. Disponible en <http://www.crim.unam.mx/drupal/?q=node/322>
- León, Magdalena**, 2001, El empoderamiento de las mujeres: Encuentro del primer y tercer mundos en los estudios de género, en *La ventana*, Núm. 13, pp 94-106. Universidad de Guadalajara, México. Disponible en: <http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/laventan/Ventana13/ventana13-4.pdf>

- Lindón, Alicia**, 2000, El enfoque biográfico como aproximación a la identidad personal y la negociación de la conyugalidad. En *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 62, No. 1 (Jan. - Mar., 2000), pp. 101-121 Published
- Marchand, Marianne y Anne Sisson**, 2000, Introduction. Feminist sightings of global restructuring: conceptualizations and reconceptualizations. En, Marchand, Marianne y Anne Sisson, Eds, *Gender and global restructuring: sightings, sites and resistance*, Routledge, London/New York
- Montesinos, Rafael**, 2007, “Cambio cultural, prácticas sociales y nuevas expresiones de la masculinidad”. En, Montesinos, Rafael (Coord.) *Perfiles de la masculinidad*. UAM-I, Plaza y Valdés.
- Migueles, Faustino, Teresa Torns, Oscar Rebollo, e Inma Pastor**, 1998, Las estructuras de sentido de la vida cotidiana, en *Papers*, 55, pp. 151-179. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Ojeda, Norma**, 2013, Las uniones libres o consensuales en la frontera norte de México, en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 28, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 646-679. El Colegio de México, Distrito Federal.
- Olavarría, José**, 2001, Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile. En Vivero, Mara et al, *Hombres e identidades de género: investigaciones desde América Latina*. Universidad Nacional de Colombia, Colombia.
- 2005, La masculinidad y los jóvenes adolescentes. En *Docencia*, No. 27, Colegio de profesores de Chile, Chile.
- Pomar Fernández, S. y Martínez Vázquez G.**, 2007, “Resignificación identitaria, trabajo y familia: una disyuntiva para la mujer”. En *Administración y Organizaciones* 18, Año 9. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- Salguero V., Ma. Alejandra**, 2008, “Ni todo el poder ni todo el dominio: identidad en los varones, un proceso de negociación entre la vida laboral y familiar”. En Juan C. Rodríguez y Griselda Uribe V. (Coords.) *Masculinidades el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*, México, Plaza y Valdés, pp. 247-268
- 2007, “El significado del trabajo en las identidades masculinas”. En Jiménez G. Lucero, Olivia Tena Guerrero (Coord.) *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*. UNAM.
- Salles, Vania y Miguel Ángel Olivo**, 2006, Roles sociales y acción: los riesgos de inestabilidad laboral y los avatares de la figura del proveedor. En De la Garza, E. (coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*, Barcelona, Editorial Anthropos.
- Solís, Marlene**, 2009, Trabajar y vivir en la frontera: identidades laborales en las maquiladoras de Tijuana. Colef-Miguel Ángel Porrúa.

**Tiano, Susan**, 2006, The changing gender composition of the maquiladora workforce along the US-Mexico border, en Mattingly, Doreen y Ellen Hansen (Eds), *Change at the US-Mexico border: Mobility, labor and activism*, University of Arizona Press.

**Wainerman, Catalina**, 2002, Padres y maridos. En Wainerman, Catalina (Coord.) *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Fondo de Cultura Económica, Argentina.

## Entrevistas

Hombre A [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Mujer A [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Hombre B [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Mujer B [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Hombre C [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Mujer C [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Hombre D [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Mujer D [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Hombre E [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

Mujer E [Entrevista], 2014, por Rene Nevarez Sanchez [Trabajo de campo]. Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas. Tijuana, Baja California, México.

## ANEXOS

### 1. Caracterización de las parejas

<b>Pareja</b>	<b>Sexo</b>	<b>Edad</b>	<b>Profesión</b>	<b>Grado de estudio</b>	<b>Residencia en Tijuana</b>	<b>Periodo de independencia</b>	<b>Años en conyugalidad</b>	<b>Casados</b>	<b>Hijos</b>
A	Hombre	39	Ingeniero	Ingeniero	13	-	13	Iglesia	3
	Mujer	38	Educación	Licenciada	13	2			
B	Hombre	33	Música	Conservatorio	10	3	9	Iglesia	0
	Mujer	31	Comunicación	Maestro	Originario	-			
C	Hombre	32	Rel. Intern.	Licenciada	2	-	3	Iglesia	0
	Mujer	29	C. Sociales	Licenciado	2	3			
D	Hombre	35	Comunicación	Maestro	Originario	-	8	Civil	1
	Mujer	35	Artes	Licenciada	8	3			
E	Hombre	37	Arqueología	Maestro	3	4	4	Civil	3
	Mujer	32	Sociología	Maestro	4	-			



El autor es Licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma de Baja California  
Egresado de la Maestría en Estudios Culturales de El Colegio de la Frontera Norte.

Correo electrónico: [renevarez@gmail.com](mailto:renevarez@gmail.com)

*© Todos los derechos reservados. Se autorizan la reproducción y difusión total y parcial por cualquier medio, indicando la fuente.*

Forma de citar:

Nevarez Sanchez, Rene (2014). “Transición y contradicción de la masculinidad: Resignificando prácticas cotidianas entre cónyuges profesionistas”. Tesis de Maestría en Estudios Culturales. El Colegio de la Frontera Norte, A.C. México. 107 pp.